REPERTORIO AMERICANO

CUADERNOS DE CULTURA HISPANA

Tomo XLVII 002893 San José, Costa Rica **1951** Jueves 1º de Febrero Nº 3

Año XXXI — No. 1123

THE LIBRARY OF CONGRESS SERIAL RECORD APR 30 1951

Los futuros historiadores van a ver muy simplificada su labor —o acaso más complicada— si se generaliza la moda de enterrar bajo los nuevos monumentos o edificios una caja con algunos escritos y objetos, escondidos allí precisamente para que un día lejano, cuando nuestras construcciones se conviertan en ruinas, los hombres venideros tengan la sorpresa de encontrarlos.

Esta práctica es ya vieja. Desde hace años, al ponerse una primera piedra era frecuente sepultar bajo ella un cofrecillo o un tubo de metal donde se encerraban los periódicos del día y algunas monedas o medallas, ocultos testigos del acto inaugural de las obras. Pero ahora este uso se ha perfeccionado y extendido. En los Estados Unidos, por ejemplo, cuando en esos casos se confía al secreto de la tierra la caja conmemorativa, no es raro que en ella se coloquen documentos especialmente redactados para los futuros lectores a fin de que los hombres del siglo veintitantos o treinta y tantos se enteren de los problemas que preocuparon a los pobres mortales de esta vigésima centuria.

De este modo, en la pasada Feria Mundial de Nueva York se enterró la correspondiente caja o, como allí la llaman, "Time capsule" —"cápsula del tiempo", dicho en una traducción literal y bárbara—. Y entre los mensajes dirigidos a la posteridad se incluyó nada menos que el de Alberto Einstein, un nombre que, si la cultura sobrevive, no se habrá olvidado dentro de mil o dos mil años.

No fué publicado entonces. Escrito para los venideros, no nos enteramos los contemporáneos. Pero ahora el genial matemático lo ha insertado en su nuevo libro, *De mis últimos años*, en el que reune textos muy diversos, tomados de los artículos y conferencias que el autor ha escrito desde 1934. Este volumen viene a ser la continuación de aquel otro, *El mundo como yo lo veo*, que contiene los pensamientos de Einstein desde 1922 a 1934.

El mensaje del sabio, depositado en la "caja del tiempo", para que, en efecto, a través del tiempo duerma allí, y un día se despierte ante los ojos de una extraña humanidad sobre la que hoy nada podemos saber y poco conjeturar, consta sólo de unas veinte líneas. Aprovechémoslo nosotros, por si dentro de un par de milenios el mensaje queda ignorado bajo el polvo de los legendarios rascacielos de Nueva York.

¿Qué dice en sustancia? En términos escuetos plantea el problema de nuestro tiempo.

"Nuestro tiempo —les cuenta Einstein a los seres humanos del porvenir— es rico en mentes inventoras. Sus inventos podrían facilitar y mejorar considerablemente nuestra vida"... "Sin embargo, la producción y la distribución de las cosas que la harían más grata y más noble está enteramente desorganizada, de modo que cada cual tiene que vivir con el miedo de ser eliminado por el ciclo económico"...

Que lo sepan, pues, nuestros lejanos y desconocidos sucesores. Con las actuales invenciones de la ciencia y de la técnica nos sobran

El testamento de EINSTEIN

Por *Luis de ZULUETA*

(En *El Tiempo* de Bogotá. Setiembre 23 de 1950)

Alberto Einstein

(Visto por *Málaga Grenet*, en 1932)

medios para vivir bien, pero vivimos mal. Con la maquinaria moderna, debidamente cultivada la tierra, habría sustento abundante para todos: pero ahora mismo en la China, millones de hombres se mueren de hambre. Los telares mecánicos producen mil veces más vestidos que la mano desprovista de utensilios; pero muchos millones de hombres van en harapos. Una máquina fabrica mil veces más zapatos que un zapatero; pero muchos millones de hombres andan descalzos. Los progresos de la higiene y de la medicina han prolongado la vida; pero los hombres, lejos de amarse los unos a los otros, se matan unos a otros como nunca, y muchos millones han perecido en las dos guerras más atroces que ha conocido el mundo. Podríamos ser felices, pero somos desdichados.

En realidad, eso que dice Einstein lo sabemos todos. Lo malo es que no lo remediamos. El maestro, sin embargo, no desespera. Confía en que los hombres hallarán la solución del problema y sabrán aplicarla a la vida real. ¿Cuándo? ¡Quién sabe!... El genio de la relatividad vive fuera del momento presente, en un espacio de cuatro dimensiones, y la cajita sepultada en Nueva York es apenas un punto perdido en el cosmos.

Recuerdo las conversaciones de Alberto Einstein, hace ya muchos años, en la Residencia de Estudiantes de Madrid. Con su cabellera erizada, su cara extática y sus ojos asombrados, parecía, a la vez, un sabio y un niño. Se diría que el mundo era nuevo para él cada mañana... Hoy, al leer sus palabras a la posteridad, no puedo menos de pensar que hay en ellas una clarividencia infantil y profunda. "Confío en que la posteridad, dice, leerá estas consideraciones con un sentimiento de orgullo y de justificada superioridad".

Este es el testamento de Einstein. Si su fe no se engaña, los hombres del porvenir, al descifrar sus palabras, sentirán el orgullo de no parecerse a nosotros y apreciarán, al comparársenos, cuán superiores son a estos remotos antepasados del tiempo de la bomba atómica.

Pero les va a ser muy difícil comprendernos. Cuando el "homo sapiens" de mañana, un mañana muy distante, vaya encontrando las cajitas que el actual "homo faber" le dedica, y logre interpretar el texto de esas hojas blancas de papel cubiertas de negros trazos de tinta en que dejaron impresas sus ideas los hombres del siglo XX de la era de Cristo, época en la que aún no se había descubierto la trasmisión directa del pensamiento sin figuras ni sonidos, se quedará asombrado de las tremendas contradicciones que mantuvo en su alma y en su vida este inexplicable "homo faber", el hombre fabricante de máquinas, aparatos y utensilios.

Inventa el telescopio, abarca lo infinitamente grande, explora las inmensidades cósmicas y luego se mata por unos palmos de tierra en este oscuro planeta, siervo de un sol perdido entre los millones de la Vía Láctea, la cual no es sino una galaxia, a su vez, entre millones de otras. Lo mismo que llega a lo infinitamente grande, penetra el hombre fabril en lo infinitamente pequeño, sabe del átomo como del astro, se apodera de la energía nuclear, y después la utiliza en extender la muerte sobre las aglomeraciones humanas.

El "homo faber" es un absurdo viviente. Dispone de las fuerzas del mundo y, a la vez, tiembla de miedo ante una guerra en que esas mismas fuerzas estallan. Explota las riquezas del mundo y, en su lucha por ellas, se siente miserable. Inventa medios de comunicación y de locomoción prodigiosos, elimina las distancias, salva cordilleras y océanos, y luego levanta fronteras artificiales, murallas de la China, alambradas, visados y aduanas,

cortinas de hierro que separen e incomuniquen a los pueblos...

Algo así se dirá quizás el hombre futuro cuando lea el testamento de Einstein "con un sentimiento de orgullo y de justificada superioridad". Todo ello en el supuesto de que el hombre futuro exista; de que, contra el optimismo einsteiniano y nuestro propio anhelo, el hombre futuro no sea peor que el presente, y de que éste, con los medios de destrucción que ha inventado y está en camino de inventar, no ponga punto final al último capítulo de esta serie de volúmenes, tan distintos en apariencia y tan semejantes en el fondo, que llamamos la Historia Universal.

Arturo Mejía Nieto

MORAZÁN

Presidente de la desaparecida República Centroamericana

Editorial NOVA
Buenos Aires
1947.

También la halla en la Librería Trejos Hnos.
Se vende a ₡ 9.00 el ejemplar.
Exterior: $ 1.50 *dólar*.
Con el Administrador del *Rep. Amer.*

A la sombra de la Libertad

Crónica de un New York entrevisto

Por *Rafael* RODRIGUEZ
(En *Rep. Amer.*)

"El Ministro de Estado, por encargo del señor Presidente de la República de Cuba, *ruega y requiere*, a las autoridades de los países a donde se dirige el Dr. Carlos Rafael Rodríguez, que le presten toda la atención y auxilio que necesitare..." Así rezaba el Pasaporte Especial que tenía en mi bolsillo cuando el domingo 8 de octubre, tras de habernos entregado Nueva York su deslumbrante visión nocturnal, descendíamos en el aeropuerto de Idlewild. A la mañana siguiente debía asistir a la sesión inaugural del VI Congreso Interamericano de Prensa y rendir ante el mismo el informe a que me obligaba el cargo de Tesorero para el que fuí electo por primera vez en el Congreso de Caracas y en el que se me reeligió sucesivamente en Bogotá y Quito.

El empleado de la Línea Aeropostal Venezolana señaló a las autoridades de inmigración que por venir yo provisto de un Pasaporte Especial tenía derecho a prioridades. Y, en verdad, desde ese momento me las concedieron aquellos funcionarios. Aunque se trataba —como veremos— de prioridades indeseables.

Los agentes de inmigración, en efecto, me notificaron muy pronto que a su juicio yo no resultaba "admisible" en los EE. UU. Mi ideología política me convertía en extranjero peligroso. No les importaron el objeto conocido de mi viaje, ni las garantías previas que la Comisión Organizadora había ofrecido a todos los asistentes. En lugar del Waldorf Astoria iba a tener yo otro alojamiento no menos renombrado: Ellis Island.

Mi protesta, la invocación del pasaporte oficial, dieron un resultado inmediato, aunque irónico. "En vez de alojarlo hoy en Ellis Island, se me dijo, irá usted, doctor, a un Hotel, hasta tanto decidan el caso nuestras autoridades superiores". Pero, ¿era aquello un Hotel? Un cierto Mr. Cámara, agente del FBI que recordaba muy bien el barrio habanero de San Isidro (1) de su visita hace una veintena de años, me "acompañó" en meteórico viaje de seis dólares cincuenta, en taxi, hasta un alojamiento de la calle 47, cerca de la Séptima Avenida, que responde por el nombre de "Hotel América". Nunca olvidaré el ambiente peculiar, la catadura de los tipos allí reunidos y la cara policíaca del "manager". "Tenemos una *convención* aquí hoy", le informaron a Mr. Cámara, con lo cual querían referirse al gran número de *clientes*, alojados como yo por obra y gracia de los G-Men.

Cuando Mr. Cámara pidió un cuarto doble intenté reiniciar la protesta. Pero el "manager", muy preparado al efecto, me aseguró que no quedaban cuartos individuales. Llegamos a la habitación 519 y mi acompañante indicó, no sin cierta elaborada cortesía: "Póngase cómodo, doctor —pues este título no se lo ahorraron nunca— yo volveré a media hora". El teléfono me invitó a la llamada para avisarle a mis compañeros de la delegación cubana; pero desde la oficina me advirtieron que no estaba autorizado a hacer llamadas telefónicas. Traté de salir del cuarto y quejarme a mi G-Men solícito. La puerta estaba cerrada con llave desde afuera. Era evidente que, por encima del pasaporte oficial y de las deferencias aparentes, yo era sólo un preso.

No me dejaron olvidar mucho tiempo esa condición infortunada, pues a las siete menos cuarto de la mañana Mr. Cámara me despertó informándome que las autoridades inmigratorias habían decidido mi ingreso en Ellis Island y debíamos apresurarnos para tomar el ferrey de las 8. Muy pronto entrábamos en la mañana neoyorquina. Fuimos hacia los muelles del Battery Place. Encontré a mis viejos conocidos, los edificios ayer desafiantes del Wall Street que hoy lucen abatidos, rendidos a su gran pesadumbre, ante la arrogancia juvenil del Empire y el Crysler. Recordé que muy cerca de allí, en el patio de una iglesia modesta, está la tumba de Alexander Hamilton y pensé que ese iniciador del sentimiento reaccionario en los grupos dirigentes yanquis ha triunfado sobre su contradictor histórico, el demócrata agrario Thomas Jefferson. Los que dominan la vida norteamericana pueden repetir hoy la frase hamiltoniana: "el pueblo es una bestia".

El Ferry rompe su quietud para el viaje brevísimo. De pronto una señora majestuosa, de proporciones imponentes, nos sale al paso. Parece lanzarnos desde lejos miradas de inteligencia. Por el tipo me doy cuenta de que es francesa. Pocos instantes más tarde no me caben dudas se trata de la Estatua de la Libertad. Allí, a su sombra, hemos de alojarnos en lo adelante.

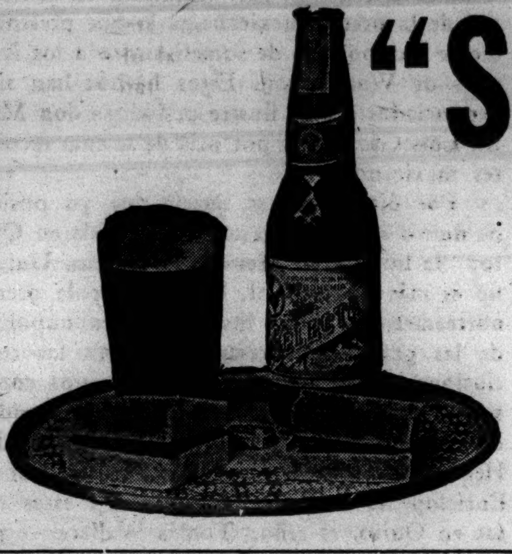
Ellis Island es demasiado conocida para que pretendamos descubrirla. Presididos por dos enormes banderas americanas centenares de personas se agrupan en un espacioso salón que les sirve de cárcel elegante. Han de estar allí, en inactividad que sólo quiebran el ping-pong, el billar o las cartas, catorce horas continuas. Las comidas de muy escaso condimento, aunque eso sí, *balanceadas* al estilo de la dieta norteña, se hacen a toque de campana en un comedor tipo cafetería donde uno debe ser su propio sirviente. A las nueve de la noche los huéspedes son llevados hasta el dormitorio sin que al subir les falte la visión de la Estatua, que luce entonces un poco más sarcástica. En la madrugada, puede verse a los guardianes haciendo el recuento de los durmientes, como si alguno de ellos tuviera la peregrina ocurrencia de pretender forzar las decenas de rejas y saltar la valla electrizada, sólo para lanzarse después a las aguas hirsutas de la bahía de Hudson. Un nuevo toque despierta a los detenidos a las seis y cuarenta y cinco para comenzar otra vez la espera crispante.

En el salón abanderado se hacen muy pronto, como en los largos viajes transatlánticos, amistades hijas de la común adversidad. La angustia propicia el tono íntimo de las conversaciones. Y el novelista podría encontrar allí tipos y anécdotas para más de una obra. Conviven por un tiempo el viejo militante comunista y el comandante polaco de un campo de concentración, que barre ahora el suelo con resignación provisional pues está convencido de que la "democracia yanqui" le depara un destino más alto y en consonancia con su oficio de verdugo. Pasean en la misma sala la prostituta apenas recatada y el alemán tímido, profesor de numismática con cara de hurón fugitivo. La dama con abrigo de visón, que viajaba en primera clase, comparte la mesa con el campesino centro europeo de pies semi-descalzos.

No sé si las autoridades americanas imaginan hasta qué punto Ellis Island es una fragua constante de odio anti-yanqui. Gentes que llegan a Nueva York como a la entrada de la tierra promisoria, admiradores espontáneos del "modo de vida americano", refugiados reaccionarios de toda laya, reciben este encontronazo como una ofensa inolvidable. Y no es para menos. La estrechez burocrática hace estragos. Un joven venezolano, de familia adinerada, debe pasar tres días allí porque su elegante colegio de Park Avenue no figura en los registros de Inmigración. Un ex-oficial italiano, reclutado mediante el servicio militar obligatorio, no puede ver a su pequeña hija que estudia en Nueva York y debe perder los seiscientos dólares del viaje. El jefe latinoamericano de una compañía yanqui va a quedarse siete semanas en el hospital de Ellis Island porque a los inspectores no les satisface el informe que emitió el médico de la Embajada norteamericana en su país. Gentes que han trabajado veinticinco años en EE. UU., hacen frente ahora a la amenaza de expulsión ya que pertenecieron alguna vez a la organización de socorros mutuos obreros I. W. O. en cuya dirección había algunos comunistas. Un industrial alemán, de tránsito hacia el Canadá, con visa para permanecer dos días en Nueva York, pasó cuatro en la isla.

No es extraño por ello que las jornadas de Ellis Island transcurran entre gritos irónicos sobre la "libertad", imprecaciones al "modo de vida norteamericano" y seguridades de

(1). "San Isidro", conocido barrio de prostitución ya desaparecido.



"SELECTA"

La Cerveza del Hogar

EXQUISITA Y SUPERIOR

no quedar un solo día en este paraíso democrático. Cuarenta muchachas alemanas que cesaron con soldados de ocupación yanqui, vocearon los más selectos insultos contra Norteamérica la mañana que fueron a dar, con sus hijos, en aquella reclusión obligada.

Ellis Island nos sirve además para hacer algunas comprobaciones políticas adicionales. No vimos por allí un solo negro. Los había, pero en otros departamentos reservados para delincuentes. Nos enteramos que los recluídos que trabajan reciben *diez centavos por hora*, con lo cual los celosos comisionados de las Naciones Unidas que han pasado tantos apuros por encontrar la evidencia de "trabajo forzado" en la URSS, podrían tener maravillosos hallazgos sólo con gastar en un taxi y tomar el ferry de la isla. Un grupo de cubanos detenidos en otro departamento (y que saludaban mi salida a las ventanas con "vivas" al periódico *Hoy*) me hablaron de una carta suscrita por cincuenta personas de diversas nacionalidades quejándose del trato abusivo y la comida infame. Estas son unas pequeñas "sideviews" a las que se tiene acceso desde el observatorio provisional a que nos destinaron.

Mis días de Ellis Island fueron de mera rutina. Dentro del vejamen que supone enviarme allí, se me trató siempre con respeto, con lo cual sólo quiero decir que no hubo gritos ni insolencias que, por otra parte, no hubiera tolerado. Lo único interesante fueron los interrogatorios y entrevistas con los representantes de la FBI.

Pocas horas después de mi ingreso me condujeron ante la "Junta de Investigación". Un hombre del Buró Federal me advirtió ceremoniosamente que debía prestar juramento —si era mi voluntad— y que el perjurio era castigado con sanciones de hasta cinco años de cárcel o de dos mil pesos de multa o ambas cosas. Les hice saber que estaba dispuesto a declarar bajo juramento pero sólo sobre asuntos que se relacionaran con mi visita a Estados Unidos y nunca respecto a problemas de la competencia de las autoridades cubanas, única jurisdicción a la que me consideraba sometido. Con esta salvedad se me invitó a jurar bajo esa clásica fórmula que nos hemos aprendido en las películas: "decir la verdad, toda la verdad y nada más que la verdad".

El interrogatorio versó sobre mi filiación comunista, los cargos que ocupo en el Partido, los que he tenido en el Gobierno y las actividades que desenvuelvo en mi labor política. El oficial pretendió que yo le suministrara nombres de esas "organizaciones, dominadas por los comunistas..." Como le dije que no entendía lo que quería preguntarme, enseñó sus cartas: quería saber en qué movimientos y organizaciones participan o han participado los miembros de mi partido. Le expliqué que esas organizaciones no eran, como él las definía, organizaciones ligadas a (linked to) los comunistas, sino por el contrario, eran los comunistas los que estaban "ligados" a ellas. Que cuando los puntos de vista de nuestros compañeros triunfaban se debía a que eran aceptados como los mejores. Cuando insistió en que le diera el nombre de algunos de esos movimientos en que he participado, para tenerlos como ejemplo, le mencioné el Comité Estudiantil Universitario de 1935 (se lo advierto a tiempo a Juan Antonio Rubio Padilla y otros ministros y funcionarios del actual gobierno que pertenecieron a aquel Comité; si no los dejan entrar a EE. UU. me declaro culpable).

Al terminar la investigación quedé informado de que "por el momento" era "temporalmente excluído" de los Estados Unidos. Mi caso debía someterse directamente al "Attorney General" de Washington. Podía esperar su solución, que demoraría indefinidamente. Ahora bien "privadamente" (off the record doctor) se me hacía saber que si yo quería regresar de modo *voluntario* a Cuba, esa misma tarde tomaría el avión de regreso. Les repliqué que estaba en Nueva York para cumplir con mi deber como Tesorero de la Sociedad Interamericana de Prensa asistiendo al Congreso y que para esa visita me consideraba en pleno derecho como ciudadano cubano, de acuerdo con los tratados vigentes; que no abandonaría los Estados Unidos hasta que se me informara oficialmente que no se permitiría mi entrada durante los días del Congreso, en cuyo caso yo podría denunciar ante el mundo que los dirigentes norteamericanos que pretenden vender a los otros pueblos su "democracia" junto con la carne en lata, la Coca-Cola, los chiclets y los empréstitos, habían impedido la entrada de un periodista latinoamericano a un Congreso de Prensa, dando con ello un ejemplo cabal de lo que entienden por libertad de información. Terminé pidiendo permiso para hacer dos llamadas telefónicas, en presencia de mi investigador y bajo su supervisión directa: una al Embajador cubano, mi amigo el Dr. Luis Machado y otra al Dr. Guillermo Martínez Márquez, compañero de delegación y Secretario General de la SIP. Esa autorización me fué negada, no importa que la negativa estuviese envuelta en untuosa cortesía.

El miércoles a las dos de la tarde fuí llamado de nuevo ante el mismo investigador. Me informó que Washington había llegado a una conclusión sobre mi caso: quedaba excluído de la entrada a los Estados Unidos. Si deseaba apelar debía esperar en Ellis Island durante un período de tiempo no menor de tres semanas y que podía extenderse a varios meses. En caso de que quisiera regresar a Cuba tendría que "retirar voluntariamente" mi solicitud de admisión. Aclaré que yo nunca había formulado tal solicitud y me respondieron que ella iba implícita en mi viaje a Nueva York.

Como se me confirmara que no podría entrar en los Estados Unidos durante el tiempo que duraría el VI Congreso Interamericano de Prensa, decidí regresar. Me presentaron una declaración por la cual yo afirmaba que "siendo inadmisible en Estados Unidos, deseaba regresar a Cuba". La rechacé vigorosamente. Redacté otra mediante la cual "al no permitírseme el ingreso en Estados Unidos y al haber sido rechazado por las autoridades de inmigración, deseaba regresar a mi país". Eso fué lo que firmé.

La misma tarde, escoltado por dos FBI me depositaron en un avión de la Línea Aeropostal Venezolana, en la que tenía pagado mi regreso. Una hora de conversación con aquellos norteamericanos que me acompañaban ha dejado en mí un recuerdo decepcionante. No hay dudas de que los editores de periódicos que se reunieron en el Congreso y sobre los cuales diré algo inmediatamente, han logrado estampar su impresión perdurable en las mentes de algunos millones de descendientes de Jefferson y Lincoln, más millones de lo que podría desearse. Uno de aquellos caballeros acompañantes, acosado por mis argumentos, gritó de pronto que "si los Estados Unidos no nos compraran generosamente el azúcar, todavía los cubanos estaríamos semi-salvajes". El otro, más comedido y cortés, era la viva estampa de Babbitt. Con esos ingredientes humanos se está preparando una tercera guerra mundial.

Tales son los hechos. Vayamos ahora a algunas consideraciones indispensables.

¿Por qué fuí a los Estados Unidos? ¿No sabía yo que sería rechazado? Eso me preguntan algunas personas.

En la ciudad de Quito, al reunirse el V Congreso Interamericano de Prensa, los miembros norteamericanos del Comité Ejecutivo reclamaron la sede para Nueva York. Alegaban y parecía razonable, que los cinco Congresos primeros habían tenido lugar en ciudades de América Latina: México, La Habana, Caracas, Bogotá y Quito. Cuando les objetamos que en Estados Unidos se pondrían dificultades a muchos delegados, quedaron comprometidos a evitarlos. El Comité Ejecutivo acordó proponer Nueva York y llevó la propuesta a la Asamblea General. Allí el periodista peruano Genaro Cernero Checa se opuso, insistiendo en que la discriminación racial y política que se ejercía en los Estados Unidos hacía imposible celebrar allí un Congreso con las mismas garantías que habían tenido los anteriores. Entonces Hall Lee —que es hoy Secretario Ejecutivo del Congreso y que presidía en Quito la delegación norteamericana— después de pedir excusas por la discriminación racial que prevalece en su país y que él mismo calificó de "bochornosa", dió seguridades de que no habría obstáculos políticos a la presencia de delegados de todas las ideas. Al amparo de ese compromiso público, me dirigí yo a Estados Unidos.

Cuando el problema de mi internación en Ellis Island fué presentado al Congreso, miembros de la Comisión Organizadora —según cablegrafió la United Press —dijeron que el

"Dr. Carlos Rafael Rodríguez no había sido invitado". Esa declaración es, como hube de expresar en cable al Congreso, indigna de periodistas y cobarde. Yo era el Tesorero de la Sociedad Interamericana de Prensa, entidad que convocaba al Congreso. Ese solo carácter justificaba —y hacía imperiosa— mi presencia. Por otra parte representaba al periódico *Hoy* con credencial otorgada por mi compañero Aníbal Escalante. El periódico *Hoy*, como he demostrado en la prensa cubana con copias fotostáticas, *fué invitado expresamente al Congreso*. La declaración evasiva de los organizadores es una muestra de que no son otra cosa que agentes de la política yanqui en el periodismo.

¿Por qué se me excluyó del Congreso?

Se sabía muy bien que yo iba a Nueva York a denunciar *todos* los casos de violación de la libertad de prensa en América. Los organizadores norteamericanos, obrando al dictado de Washington, querían condenar sólo a un grupo, cargando la mano a aquellos gobiernos que no tienen el beneplácito del State Departament.

Para mí Videla es igual a Perón y la Junta Militar Venezolana no es menos culpable que Prío.

En segundo término se temía —y hacían bien en temerlo— que yo utilizara la tribuna del Congreso para protestar contra la vergonzosa intromisión del Embajador de Estados Unidos en México, Mr. Trurston, en la libertad de la prensa mexicana, a la que pretendió dictar una política de sometimiento a los intereses de Washington. Estos hechos han sido denunciados por el ilustre periodista don Martín Luis Guzmán y por más de sesenta escritores mexicanos.

Por último no se quería que yo pusiera de nuevo en debate la tesis mantenida en Quito: "la libertad de prensa" en Estados Unidos no es más que formal. En el fondo la prensa norteamericana es un instrumento monopolista de las grandes empresas. Estas son las conclusiones a que arribó desde 1947, una comisión de expertos nombrada por la Universidad de Chicago y pagada por el ultra-conservador Henry R. Luce, de la revista *Time* y por la Enciclopedia Británica. Cuando dije estas cosas en Quito, el señor Tomás Wallace —que presidió ahora el Congreso de Nueva York— me contestó airado que quienes tal cosa decían era "un manojo de tontos". De esa manera calificaba nada menos que a Robert Hutchins, Canciller de la Universidad de Chicago; Archibal McLeish, Subsecretario de Estado, al profesor de Economía en Colombia John M. Clark, al profesor Arthur M. Scheesinger de Harvard y otros distinguidos intelectuales yanquis. Pero como le repliqué a Mr. Wallace, puede pensarse que los investigadores universitarios son "tontos"; sin embargo, aunque sabemos que en el Senado de Estados Unidos hay una buena dosis de tontos, no son como para formar mayoría. Y fué esa mayoría la que en el informe de la "Small Plants Comitte" corroboró las ideas de que son verdaderos monopolios los que rigen la prensa americana.

Para impedir que se plantearan estas cosas se me retuvo en Ellis Island. Pero, además, los organizadores yanquis tenían un propósito adicional. Pensaban dar —y dieron— un golpe de estado. Reformaron los estatutos de la SIP de modo ilegal. Establecieron —arbitrariamente— el voto por publicaciones, dando una artificial mayoría norteamericana. Arrebataron a Cuba la sede permanente de la Sociedad para radicarla en Nueva York. Han destruído, en resumen, la Sociedad Interamericana de Prensa, como entidad independiente, transformándola en un simple aparato político al servicio de los objetivos internacionales de Estados Unidos. Para hacer esto les estorbaba la presencia de algunos delegados. Yo les resultaba especialmente indeseable.

Pero este incidente ha sido muy ilustrativo. No han podido pasar en silencio mi internamiento en Ellis Island. Han tenido que confesar que un periodista no puede entrar en Estados Unidos si tiene ideas opuestas a las que prevalecen en el gobierno de Estados Unidos. Alzan una cortina de hierro en torno a su precario imperio. De un solo golpe se ven obligados a confesar que la famosa "Libertad de Información" a que aluden constantemente en la ONU, es pura patraña.

En cuanto a mí me siento orgulloso de este episodio. No es nada humillante ir a Ellis Island, donde han estado antes que yo personalidades de mucha notoriedad universal como Eva Curie, Harold Laski, Bertrand Russell y donde vi a una de las primeras mezzo-sopranos del momento, Fedora Barbieri, a un profesor de escultura italiano y muchas otras figuras notables. No puede importarme que me echen de Estados Unidos si echaron una vez a Máximo Gorki. Estoy seguro de que si el enjuto latinoamericano que representó a Uruguay en la Conferencia Monetaria de Washington hace casi tres cuartos de siglo, expusiera hoy las ideas contra la política yanqui que entonces expresó, también a él le hubieran impedido la entrada. Y yo me siento jubiloso de repetir ahora, en mi lenguaje menos alto, aquellas ideas del cubano José Martí.

Recreo sobre los sefarditas

Por *Alfredo* CARDONA PEÑA

(Es un recorte de *El Nacional* de México, D. F. —*Envío del autor*)

Los hombres que siempre esperan y disimulan que desesperan las brutalidades del Torquemada prendedor de hogueras, los hombres de ojos corvinos y de tez olivácea, que guardan siempre en secreto, allá en los repliegues de su sinagoga individual, un libro encuadernado en pellejo de oveja para rezar el salmo talmúdico y exclamar el desgarrador *Adonay Elohenu* como en los tiempos del éxodo, esos hombres que forman una raza de "mártires y de poetas", temidos y solicitados por los Estados imperiales cuando éstos tratan de firmar empréstitos privados, esos, en fin, llamados judíos, tan lejanos y solemnes, *quemados en hornos especiales* y siempre vivos, nos rodean y alientan por todas partes.

Abrimos la filosofía y nos encontramos con el remoto Maimónides, el Platón judaico; luego con Spinoza y después, ya entrado lo moderno, con el finísimo Bergson y con el no menos fino señor Nordau... ¡Ah!, el doctor Nordau envió una vez a mi abuelo Jenaro una tarjeta que decía en español: "¡Muchas gracias por su interesantísima novela!" Y firmaba en francés: "Dr. Max Nordau: Mardi, Jeudi, Samedi de cinq a sept heures, 8, Rue Léonie".

Vamos a la música y nos encontramos con Mendelssohn, el nieto de Moisés Mendelssohn, sabio que se desvivió por reconciliar a judíos y cristianos, olvidando piadosamente que esa reconciliación es imposible, no ya por razones de sangre, sino porque traería consigo un atentado a lo que podríamos llamar *estética de la historia*.

Nos cansamos de la filosofía y dispuestos a refrescar la mente nos introducimos en un cine, y allí nos sale la figura gigantesca del mínimo Charles Chaplin. No hay disciplina en donde esta raza no tenga su representante genial. Einstein nos sonríe.

Mas de todos los rabinos, aquellos para nosotros más cercanos son los de Sefard. Las razones abundan. Sefard es el nombre que ellos dieron a España, tierra que por aquello de las emigraciones los vió nacer como descendientes de los viejos profetas. Los judíos de Sefard, o sefarditas, están presentes en nuestras lecturas como lo puede estar Teresa de Avila y aun quizá más familiarmente porque abrazaron diversas elocuencias.

El primero —siglo XIV— que nos sonríe desde Carrión, detrás de una mesilla con papeles y junto al alféizar de una ventana por donde entran los tomillos maduros, es el rabino Sem Tob, con su nariz de fino catador. Nos muestra el último verso de una larga serie de proverbios que se ha propuesto escribir. Como buen judío nos oculta "la rosada que más vale" para leernos esta sabia malicia:

La vara que menguada
dice el comprador,
esa mesma sobrada
dice el vendedor.

Conversamos con él, asombrados por su poder sintético, y ya en el dintel le decimos que la definición de toda su obra puede encerrarse en los siguientes versos:

Bien sé que nunca tanto
quatro trechos de lanza
alcanzarían quanto
una saeta alcanza.

El nos agradece la observación, retornando a sus papeles, junto al alféizar de la ventana provinciana.

Pues seguimos la marcha y llegamos al Bachiller Fernando de Rojas, cuyas gotas sefardíes ruborizan el enredo de su filiación ilustrísima, y con él ambulamos en seguimiento de hechizos, de hechizos de prosa, ya sabéis, olorosos a alcohol y tremendos de puñales amantes. Todo para terminar junto al dulce Fray Luis, que si no fué sefardita... del todo, padeció oscuridades defendiendo los textos hebreos.

Los judíos de España nos envuelven en una atmósfera complicada y sombría, hecha para la descripción de los grandes estilos épicos o para telar un gobelino de sombras; evocamos tragedias y amores, varones de miradas profundas, frentes arrugadas por los sufrimientos y barbas en donde parece han quedado prendidos los tamos de una espiritualidad martirizada y vetusta, adonde llegan los testimonios del trueno bíblico, cuyo cuerno o *schofar* retumba en lo profundo de los ritos añejos.

No hay siglo español sin sefardita importante, y así llegamos al XX y nos encontramos con la figura del maestro don Rafael Cansinos Assens, el ilustre polígrafo que nos acaba de enviar, por conducto de César Tiempo, un precioso libro titulado *Los Judíos en Sefard*. Del maestro Cansinos hay que decir que su

biografía se reduce a unos cuantos instantes de exaltación espiritual, según confesión propia, pero... ¡qué instantes! Ellos se han eternizado y multiplicado, han llenado con su nombre de imponente respeto millones de páginas imposibles de superar.

"Alto y sólido como una columna toscana" —frase de Tiempo— el maestro Cansinos ha entregado a los afanes eruditos del mundo la mayor parte de su vida, dándonos la versión de todo Goethe, todo Dostoiewsky, todo Gorki, todo Omar Khayan, y además, centenares de iniciaciones por las literaturas antiguas y modernas.

El autor de *Las luminarias de Hanukah* nos impresionó desde el momento en que, careciendo de un poder mental capaz de poner orden en el caos babilónico de las lenguas, nos introdujo en el mundo de Goethe, al que no sólo tradujo, sino explicó en sendos prólogos que constituyen otros tantos libros. Entonces sorprendimos la riqueza de una raza que fué acumulándose en su energía de humanista.

Este libro —*Los judíos de Sefard*— es un encanto de penetración psicológica. Se trata de una serie de estampas, algunas tan bellas como *La obra maestra desconocida*, de Balzac, y otras humorísticas, de un humorismo profundo.

Son páginas para remediar los "cuentos judíos" que han puesto en circulación los suburbios de la inconformidad, los ingenios torcidos y dolosos que siempre martirizan al insustituíble don Isaac Farsi, el buen sefardí de las reuniones elegantes que anda por todas las ciudades del mundo patrocinando obras beneméritas y celebrando con los suyos, en la intimidad de los saloncitos piadosos, la fiesta casi legendaria del *Yom Kipur*.

Cansinos hace el relato a la manera de Giotto, complaciéndose en aquellas escenas de más tierna definición espiritual, salpicadas de una suave nostalgia por el Oriente. Hay que ver la vitalidad de sus personajes y cómo describe rostros y almas en un libro que no tiene presunciones de novela, hecho con la conciencia de un escritor en cuyo pasado no se borran los lamentos de la partida inquisitorial. La sabiduría de su poliglotismo se adivina a cada momento, tamizando las frases con admirables palabras de alcurnia. En fin, aquí tenemos a un Cansinos Assens de hogar adentro, hablando de cosas que le resultan absolutamente familiares y que por eso mismo doblan el encanto de su prosa tan máscula.

En las declaraciones iniciales leemos estos oros biográficos: "Mis amistades públicas con las gentes de Israel me han valido un anatema honroso y que yo considero una de las cosas más puras y bellas de mi vida". Y también: "Temperalmente enemigo de tradiciones y clasicismos —clásicos son los que copian y forman cortejos— he tratado siempre de evadirme de mi sombra de ayer, borrándola todas las mañanas".

Fiel a esta divisa que anuncia la vigencia del humanista, el maestro Cansinos ha cambiado el carro de Ezequiel por un Buick 1949...

"EL GREMIO"
ANTONIO URBANO M.
TELEFONO 2157
APARTADO 480
Almacén de Abarrotes al por mayor
San José Costa Rica

Dr. E. García Carrillo
CARDIOLOGIA (Radioscopía y Electrocardiografía), METABOLISMO, VENAS VARICOSAS.
Sus teléfonos: 1254 y 4328

¿Decadencia de Europa?

Por *Pedro CABA*

(En *Rep. Amer.*)

...Y suenan por todas partes voces de acentos proféticos que anuncian la caída de Europa... Otros dicen el hundimiento de Occidente, pero el término "Occidente" no se sabe dónde empieza ni dónde termina geográficamente... Y hay quién dice que no es la cultura europea (expresión de cintura no menos imprecisa) sino la cultura toda del mundo la que catastrófica e irremediablemente se va. Y en efecto, palabras y gestos apocalípticos nos llegan de América tanto como de Europa. Ya no son sólo Spengler, Berdiaeff o Huizinga, quienes predicen la llegada de las sombras sobre el alma europea, ya son muchos los que afirman esta posibilidad y aun la certifican como eminente, deduciéndolo quizás de ciertos acontecimientos políticos. Pero, en general, la causa de esta caída suele señalarse como mucho más profunda que la mera contingencia de una política europea mejor o peor llevada. Es precisamente esa debilidad, esa política mal llevada por los países rectores de Europa, la que se atribuye a causas hondas, viscerales, que hacen pensar en la senilidad o la incapacidad de Europa para salvarse.

A veces se encuentra uno con cabezas de mente fina, como el filósofo peruano Alberto Wagner de Reyna, que ni siquiera discute ya la posibilidad de esa decadencia del hombre europeo sino que, dándola por supuesto, se pregunta: "¿Querrá, en fin, el espíritu soplar con igual intensidad en América cuando Europa deje de ser el foco de la cultura? ¿Dispone América de los medios portadores, trasmisores, y creadores de cultura para ello?" En estas palabras, la visión sombría sobre Europa se funde y confunde con un exceso de humildad que lleva al filósofo a pensar que América puede no estar preparada para recibir el legado de la cultura del mundo. Esto no es lo predicho por Spengler ni lo anunciado como "sentido de la Historia" por Nicolás Berdiaef, pues el primero habla de la "decadencia de Occidente" en el sentido de haber llegado Europa al tramo final de la etapa de civilización tardía en que las culturas sucumben, según un decurso biológico y aún botánico de todas; y el segundo, por su parte, prevé al fin de la Historia, como la desembocadura de lo humano en lo divino, pero no prejuzga que con el fin de Europa sobrevenga el fin de los tiempos de la Historia.

Hay quien opina, como el profesor de la Universidad de Yale, Northrop, autor de *The Meeting of East and West*, "El encuentro del Este y el Oeste", que en América se encontrarán todos los pueblos para recibir la lumbre iluminatoria de la cultura. Y esa luz vendrá con un nuevo auge de la razón y sus verdades científicas y filosóficas, esas verdades que Europa ha abandonado, pues para Northrop, la causa de la decadencia de Europa está precisamente en el alejamiento del hombre gobernado por la razón, y la adopción de las teorías como la de la intuición, lo mismo en Bergson que en Scheler, las teorías existencialistas, tanto de Kierkergaard como de Sartre o Heidegger. Para Northrop toda la tradición cultural europea se sustenta, a partir de los filósofos presocráticos, sobre los supuestos racionales. La intuición, según él, es oriental; lo racional es europeo. Y el peligro está, no en que el intuicionismo o el existencialismo sean falsos como sistemas filosóficos sino al revés, en que, siendo verdaderos, pueda creer el hombre occidental que sólo ahí radica o anida la verdad, y no en la ciencia y la filosofía fundadas en la razón.

Por su parte, un pensador báltico, Walter Schubart, en un libro que se ha traducido ya al español, *Europa y el alma de Oriente*, prevé, para tiempos próximos el final de Europa, si antes no surge el hombre nuevo, el hombre que ha de cambiar el sentido del odio, y de la lucha, por impulsos de amor y concordia. Para él, la historia de Europa se ajusta en todas sus fases a uno de estos dos tipos de hombre: el hombre prometeico, el hombre rapaz, de presa, que sólo busca sus hallazgos en la tierra, por medio de la ciencia, de la lucha, del botín, de la filosofía racionalista, irradiándose frenéticamente tras de los descubrimientos geográficos o científicos, del impulso guerrero o filosófico; y el hombre de la edad gótica, el hombre medieval, el hombre de amor, el que vive con la mirada puesta en lo alto, hacia el cielo y lo divino; es el que llama Schubart el "hombre yoánico", el hombre que sólo transpira fe, lealtad y amor, como San Juan, el tierno y leve discípulo del Señor. De ese discípulo toma el nombre de "yoánico" o "joánico". El fundamento y el sentido de la decadencia europea es, pues, para Schubart, muy claro: Europa se ha entregado al hombre prometeico, olvidándose del hombre yoánico y medieval. Se ve que es una doctrina de signo opuesto a la de Northrop. Pero lo curioso es que, aunque cada uno ve una causa distinta de decadencia en Europa, aunque aducen un motivo diverso de ella y aun un modo distinto de entender la crisis, todos coinciden, sin embargo, en diagnosticar que Europa entra en una Edad Media y que el apagón del hombre europeo es cierto, próximo e inevitable.

Valencia, España. 1950

QUÉ HORA ES ...?

Lecturas para maestros: Nuevos hechos, nuevas ideas, sugestiones, incitaciones, perspectivas y rumbos, noticias, revisiones, antipedagogía.

Atención con el deporte!

Por *Agustín* NIETO CABALLERO

(Son tres recortes de *El Tiempo* de Bogotá, en Julio de 1950)

Hubo un tiempo en el que la prensa extranjera anunciaba la salida, rumbo a Colombia, de un profesor, de un científico, de un hombre de letras, que venía a nuestro país atraído por la fama espiritual de que gozaba. Hoy sólo se anuncia la salida de una eminencia del fútbol que se encamina a la meca del profesionalismo deportivo.

El nombre de El Divino se le dió a Platón en el momento culminante de la cultura griega. El Divino llegaría para la cristiandad 400 años después y sólo a él se le daría este nombre, pero he ahí que 20 siglos más tarde se disputan el mismo apelativo un torero y un jugador de fútbol. Los tiempos han cambiado, ciertamente.

La prensa se ha puesto a tono con esta tremenda exaltación por el deporte. Títulos a ocho columnas sólo se conceden al fútbol. El peligro de una tercera guerra mundial llega apenas en su anuncio a seis columnas, las mismas del crimen sensacional. El temblor de tierra, el accidente aéreo, cuatro columnas. El matrimonio de la hija de un dictador, tres columnas. Por contraste, la llegada de un sabio, el anuncio de una conferencia, de un concierto o de una exposición tienen limitado su encabezamiento a una sola columna, y en página interior.

Mas no es esto solamente sino que los grandes titulares desconciertan al lector desprevenido:

"Gran Bretaña se enfrenta a Estados Unidos". Título a ocho columnas. ¿Qué ha ocurrido? Se ha presentado un desacuerdo en los asuntos de Corea? No; lo sucedido es algo que conmueve más hondamente la sensibilidad ciudadana; el equipo inglés de fútbol va a batirse en Río de Janeiro con el equipo norteamericano. Y 150.000 personas presenciaron el dramático encuentro.

"Llegan los sabios a Cúcuta". Título a seis columnas. Es Einstein, y John Dewey, y el descubridor de la penicilina? ¿Son los magos de la energía nuclear? Error. Los que anuncian su llegada son los integrantes de un equipo.

"Un hombre de mucha cancha conmueve a la multitud". ¿Es acaso un paciente de repugnante enfermedad? ¿Será preciso acudir al dermatólogo? No. Se trata por el contrario de un joven en buen estado de salud, que tiene larga práctica en su profesión de futbolista.

"Exitos sin precedentes de los clásicos". ¿Se trata por fortuna de alguna nueva edición de filósofos o literatos de otros tiempos? Ya sabemos que no.

"Alentadoras nuevas importaciones". Título a seis columnas. ¿Es una nueva maquinaria agrícola o textil que llega? ¿Son microscopios u otros aparatos de índole científica que se han pedido para el mejoramiento de nuestros laboratorios? Tampoco aquí ha acertado el lector desprevenido. Las nuevas importaciones son dos señores llamados "cracks", cuyo alquiler vale, esto sí, más que la completa dotación de un laboratorio para una escuela de segunda enseñanza.

"20.000 ciudadanos clamaron ayer por la necesidad más apremiante de la ciudad". ¿Qué pedían los ciudadanos? ¿Escuelas? ¿Equipos para el aseo? ¿Seguridades contra la epidemia del raterismo? No. El grito era este: Estadio, Estadio, Estadio!

Con la importación de los ases del fútbol hemos hecho también la de los nombres para distintos equipos y la de todo un lenguaje que sólo entienden los iluminados. Veámoslo con algunos ejemplos recogidos en uno y otro diario. No importa su color político, pues para esto de las truculentas importaciones del idioma deportivo es para lo único que hemos logrado una entusiasta y sólida unidad nacional. Veámoslo porque el hecho vale un cuarto de hora de meditación.

"Partiéndose el pecho en la gramilla aparece la soberbia estampa del crack que saca recursos imposibles para frenar en seco. Recién está entrando en calor, pero ya deslumbra en la entrega y en el regateo de la pelota. Este será amo y señor de la tabla. Los fanáticos verán que están atisbando al golero del siglo.

"Un lleno de reventar contempla a este alero, hombre ducho en recursos que gusta de adornarse dando espectáculo. Luce grande con su patada atómica. Dada su cancha y sus recursos sabrá llevar a su delantera en gran forma.

"Este mortero humano le gana en piernas al más grande jugando en grande. Su codicia no tiene límites. ¡Que se tengan los insiders!

"Aquel wing derecho es una esperanza con sus famosos centros y tiros de esquina. No habrá marcador para desfavorecerlo.

"¿Quién tiene tantos recursos como éstos que machinea Agapito? Su sistema es de línea artillera que tiene sed de goles.

"Esta gran importación aumenta con cada patada al calor de su hinchada. Habrá que enfrentarle unos Kurdos. Lo importante es no dejarse poner la pata ni tirarse la plata.

"La hinchada alegre, crecida como nunca, aplaudió ese golazo de factura hecho por el gran crak movedizo y trabajador. Recién con sus 22 años se metió como Pedro por su casa en el área chica de los cardenales.

"No había consistencia en la medular, y los delanteros lucían agotados. Si el desempeño de la delantera en la primera parte hubiera sido tan efectivo como en la complementaria, lógicamente el choque habría cambiado.

"Tuvieron un referee que no merecían los purísimos. Pitó cosas inexplicables.

"Jugaba crecido apurando el tren de juego ante el desespero de los defensores que no podían casi contener la furia de la montaña.

"Los nativos embasaron hombres en todas las entradas a pesar de que el infield felino cometió cuatro errores garrafales y nada pudieron hacer para anexarse la victoria.

"A los 15 minutos abre el marcador el buen alero derecho de un taponazo imparable que hizo poner de pies al respetable. A los 20 minutos vuelve a mojar el autogol en jugada personal y sorpresiva.

"Cuando iban corridos 10 minutos de la complementaria el runcho logra un tiro rasante desde las 18 yardas que entra lamiendo el vertical izquierdo.

"Fernando empató el partido de un tiro sesgado que llevaba humo. Ya podrá imaginarse la emotividad de la hinchada en los cotejos.

"Por fin vuelven a repuntar los motilones que se arriesgan una carta muy brava en esta vuelta del diablo que se juega por el cuadro de garra del gran onceno en la excelente perfomance.

"El Pote anotó el único tanto de su equipo con un tiro rastrero que dejó sin chance al arquero.

"Se produjeron varias melées en el área chica y en un avance esporádico se produjo una mano en el área de candela.

"Todos sabemos la calidad y capacidad de los embajadores. La fanaticada no ignora esto.

"Los aureazules jugaron con la camiseta pegada al corazón como una clara y evidente demostración de su vergüenza.

"El fixture para la primera fecha de la segunda vuelta incluye a los creditarios.

"Los favoritos perdieron porque la media no supo comprenderse con la delantera, circunstancia que aprovecharon los contrarios para mantenerse bajo el score. Atención a las medias si se quieren buenos scores!

"La última importación viene dando demostraciones de su dribbling elegante. Rápido en el quiebre y el quite, su taponazo es de los que no pueden detenerse pese a la estirada. Ayer se fajó un gran partido con su endiablado movimiento del esférico. Es mucho jugador este mozo. No impunemente (sic) se le ha dado un gran título.

"El speeker, candado oxidado, falta de aceite, no funcionó como la afición esperaba.

"El Petizo jugó sin aceptar categorías. No fué un paquete, fué un crack derrochando coraje por toneladas y soportando un ala estupenda.

"Los directivos hacen esfuerzos desesperados por enderezar la escuadra, pero ésta no responde. Las esperanzas campeonables arriesa ser pilladas por los de atrás que vienen empujando a todo vapor.

"El coloso por lo alto y por lo bajo fué el soporte de esta goliada que se recordará por muchos años. Cabeceó pelotas sin llevar el apunte.

"Armaba avances sin pedir permiso y se colaba con una seguridad digna de mejor suerte. Su conjunto ocupará un gran puesto en la tabla si no defecciona.

"Por offside se anuló un goal que la hinchada iba a cantar largamente.

"El crack de esta hora —una de las últimas importaciones— se creció tan grande que un haz de hinchas gritó: ¡cuánta falta le hará a su patria!

"La hinchada femenina lució sweaters bestiales. La partida fué soberbia, fué brutal!"

Nos haríamos interminables si siguiéramos ensartando como perlas las baratijas de este

nuevo idioma que pone en dura prueba a la noble lengua de Castilla. Pero las muestras de chuchería idiomática que aquí hemos copiado bastan para denunciar un peligro al que debemos hacer frente.

Es necesario estar sumido dentro del ambiente de una escuela para darse cuenta del tremendo impacto que el espíritu del muchacho de hoy recibe cada fin de semana en los estadios del deporte.

La algarabía multitudinaria, con todo lo que ella tiene de estridente, con toda su rudeza, con toda su violencia, llena la mente juvenil. Exclamaciones, gritos, ademanes selváticos. La vulgaridad como cátedra. Este es el ambiente de los fines de semana.

Los sedantes del espíritu: el goce de la naturaleza, las lecturas que a un mismo tiempo iluminan y recrean, el arte en sus más variadas formas, los estímulos tranquilos y gratos del hogar, dicen ya bien poco el espíritu del joven. El deporte los ha puesto en fuga.

En el amanecer de cada lunes el muchacho despierta exacerbado por la excitante lección que ha recibido en su día de fiesta, y al llegar a la escuela no tendrá el menor ánimo de hablar de libros sino de balones y de goles, y lo hará en el lenguaje bárbaro que impregnó sus oídos en el campo deportivo.

El dilema se plantea para las familias y para los colegios con toda claridad: o estudio o pasión futbolística: en nuestro concepto, si una mediana habilidad en el arte del balompié va a pagarse con la pérdida de uno o dos años del colegio, resulta esta gracia, por encomiable que ella sea, demasiadamente cara. Por el momento nos ocurre proponer que los estudiantes que andan mal en sus cursos no vayan a los estadios y no hagan parte de los equipos. Así, y sólo así, lograremos que el deporte sea lo que debe ser y que el espíritu conserve su supremacía.

x

El vértigo del deporte, diríamos mejor del foot ball, se ha apoderado de la nación entera. ¿Es éste un bien o es un mal? Conviene que meditemos, aun cuando sólo sea en un breve receso del juego, sobre el pro y el contra de la cuestión.

A una voz podemos hacer todos el elogio del deporte. Sus efectos son claramente benéficos para la salud del cuerpo y del espíritu. Al cuerpo le da vigor, elasticidad, destreza. Al espíritu le infunde alegría, confianza, sentido de la propia responsabilidad. Adiestra al mismo tiempo que los músculos la mente para la rápida coordinación, para la instantánea adaptación a situaciones nuevas. Satisface, por otra parte, en forma inofensiva, el instinto de lucha, enclavado en la entraña de la naturaleza humana. Pone además a prueba la voluntad y el valor. La escuela de hombría. Es también escuela de caballerosidad. Del conocimiento de las propias dificultades se desprende fácilmente el reconocimiento de los merecimientos de los demás. El buen deportista no sólo sabe ganar: Sabe igualmente aceptar con buen espíritu el triunfo del contrario.

El deporte es así una triple disciplina: disciplina física, disciplina espiritual, disciplina moral. Pudiéramos decir que es también una disciplina social. Encauza y fija los ímpetus tumultuarios. Da salida a lo que, en término tan adecuado se denomina "los malos humores". Limpia la mente. Llena las horas libres que son las horas de peligro. Establece una relación social entre compañeros y contrarios, relación cuyos sustentáculos son la rectitud, la lealtad y la justicia. Aviva asimismo "el espíritu del equipo", el espíritu de la mutua ayuda, coordinada en forma inteligente: enseña a cada cual a cumplir con su cometido, dentro de un campo de responsabilidad personal de la que va a depender el triunfo de un conjunto.

Dicho lo que es el deporte convendría definir lo que no es, lo que no debe ser. No es deporte la enconada rivalidad, el irrespeto a las reglas que entraña todo juego, la indignación en la derrota, el desconocimiento de las decisiones del juez que de común acuerdo se ha escogido. Frente al *fair play* —al juego limpio — está el *horse play* que podríamos, en traducción literal, denominar "el juego de caballos", que es precisamente el opuesto al juego de caballeros.

No es deporte tampoco terminar a golpes de mano lo que sólo a los pies —y accidentalmente al cráneo— se ha confiado. Las reglas son cosa seria aun en el juego. En el boxeo mismo no sería lícito quitarse los guantes para terminar a mano limpia la pelea, o emprenderla a puntapiés con el contrario.

Tampoco es deporte convertir el esparcimiento de unas horas en eje de vida, en preocupación de todas las horas, en pasión sectaria, en juego de azar. Para muchos la emoción del espectáculo en sí no es suficiente. Han de agregarle la inquietud de la apuesta, la angustia de la ruleta. Y sus consecuencias. Hace pocos días dijo un entrenador al renunciar a su tarea: "Salgo de este ambiente y espero no volver nunca a él. Hay demasiado lodo en este campo". Y lo decía en un día de sol.

Estos males los ha traído por sus pasos contados el profesionalismo deportivo que lleva a la feroz acometida de grupo contra grupo en una atmósfera caldeada por exclusivos intereses comerciales. Reconozcamos que el público es exigente con el profesional del deporte, tan exigente como lo es con el caballo de carreras o con los galgos que corren tras la liebre metálica.

El público se hace cruel con todo profesional, llámese torero, luchador o futbolista. En lo intelectual a ninguno de ellos se le exige saber leer o escribir; cuando más, rubricar un autógrafo, pero han de estar siempre "en forma" y llenar su cometido con la valentía del gallo de pelea. Sobra decir que el interés del empresario es siempre el mismo, trátese del caballo, del perro, del gallo o del hombre. No hay otra fórmula: tiene que ganar.

Pero ya hemos visto que este tipo de competencia no es precisamente el que puede convenir al verdadero espíritu deportivo. Vale esto decir que dentro de una escuela, pongamos por caso, el deporte ha de apartarse abiertamente de los principios del profesionalismo. Por una parte, en la escuela habrá que atender en primer término a los estudios, a menos que se trate de una escuela para preparar "cracks" o campeones. Por otra parte habrá que limitar a justas proporciones el tiempo destinado a las preocupaciones deportivas, ya no sólo dentro, sino fuera de la escuela. El muchacho de hoy no sólo quisiera jugar foot ball a toda hora. Quiere también asistir a todas las partidas. Y oye las grabaciones de discos una y otra vez como se oye una sinfonía cuyas estrofas se aprecian cada vez mejor. Y lee en la prensa el recuento de la última partida como se leía antaño una poesía.

De todo esto viene la fatiga o flojedad que aqueja hoy a nos pocos adolescentes. Sabido es que la fatiga muscular disminuye la fuerza mental, el poder de la atención, la posibilidad de la concentración. Y si a ella se agrega la fatiga emocional —la que produce el ensordecedor espectáculo del estadio, la jadeante audición radial, la truculenta crónica periodística, dramatizadas todas hasta el paroxismo— no habrá por qué extrañarse del desgaste nervioso que trastorna la sensibilidad del estudiante. El hecho es que nos hallemos en plena psicosis futbolística, y que de no ser capaces de modificarla por nuestra propia cuenta, vamos a tener que hacer una importación de desentrenadores en no lejano día.

Nada en exceso, decían ya los griegos, y esa gente fué maestra en el arte de vivir con sensatez.

En todo caso pongámonos de acuerdo en que el exceso en el deporte no es deporte, y no aceptemos la realidad presente como inmodificable.

x

No hemos intentado en ningún momento entablar una diatriba contra el deporte. Si diatriba puede llamarse el comentario que hemos hecho en estos días, el lector imparcial habrá advertido que no es el deporte lo que hemos combatido sino su deformación. La verdad es que lo que estamos presenciando es precisamente la negación del espíritu deportivo. El deporte es un esparcimiento y no una ocupación permanente, salvo —esto se sobreentiende — cuando de él se hace una profesión.

Si la gente desocupada le hiciera al deporte un enjuiciamiento semejante al que se ha perpetrado en contra de los más grandes poetas de la nación, estamos seguros de que la defensa hablaría en un lenguaje que no podría entender la oposición. Los iniciados han creado un lenguaje que sólo ellos comprenden. De ahí la única dificultad de entendimiento. Pero si habláramos un mismo idioma estaríamos de acuerdo en la defensa del ejercicio sano y en el ataque a todos sus excesos y extravagancias. Unos y otros encontraríamos que no es plausible que el deporte, digamos mejor, que el fútbol, vaya camino de convertirse en droga heroica. El monocultivo, aun en el deporte, no parece cosa recomendable para la nación.

Como los lectores de esta columna no deben ser los mismos que devoran la triple página deportiva cotidiana, nos pareció conducente transcribir aquí algo de lo que allí se dice. Mas como son muchos los que quisieran seguir coleccionando nuevos ejemplares de este florilegio extravagante, invitamos a los que tal deseo tengan a leer de vez en cuando una cualquiera de las 24 columnas que el diario de su afición dedica sin faltar un día, a esta coruscante actividad.

¿Conviene el fútbol a todas las edades? He ahí otro problema que requiere estudio y sobre el cual sería interesante oír el parecer de los médicos. No habrá que pensar solamente en las enfermedades del corazón. El desarrollo armónico del cuerpo y sus relaciones con el cuidado del espíritu han de preocuparnos también.

Un problema nos alarma especialmente a este respecto. No parece estar fuera de juicio que los pies sirvan para golpear un balón, por pesado que éste sea. Pero que para dar estos golpes violentos se use también la cabeza, exponiendo lo que hay, o debe haber, dentro de ella, a traumatismos que pueden poner en peligro la inteligencia misma de la persona y aun la propia vida, es ya cosa sin razón. Es verdad que muchas gentes no piensan de esta manera.

(*Concluye en la pág. 47*)

SAN MARTÍN: El estadista y el hombre

Por *Román JUGO*

(En *Rep. Amer.*)

(Este trabajo obtuvo el Primer Premio en el Concurso sobre la personalidad de San Martín, dentro de los Juegos Florales Franciscanos de Heredia, Costa Rica, noviembre de 1950).

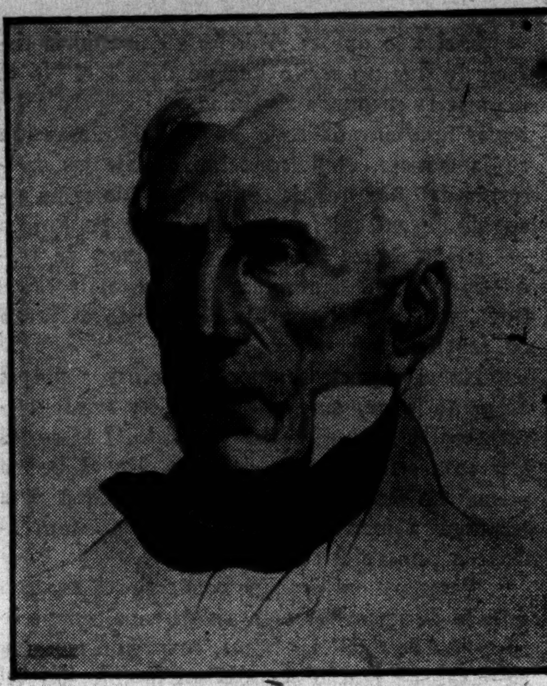
José de San Martín aparece en la Historia como un relieve permanente. Más que eso, su figura es un compendio de estatismo. De cosa fija y reguladora. Como un fiel de balanza. Como un punto de comparación. Como una medida general de hombres y de valores sociales.

Para llegar a eso, en San Martín se operó un largo proceso de preparación anímica. Una lenta adaptación de ambiente y circunstancias morales. Todo en él aparecía como una serie de puntos convergentes. Puntos que se convertían en conceptos. Conceptos que eran decisiones tomadas de antemano. Y que se traducían en orden, en disciplina, en dominio interior...

Para intuir el origen de esa laboriosa transformación, quizá debamos seguir a San Martín a lo largo de su adolescencia y de su juventud. Quizá debamos colocarnos a su lado, cuando su mente penetraba en los rígidos conceptos de la táctica militar. Cuando era un simple alumno del Seminario de Nobles de Madrid. Y cuando asistía a diversas academias militares de España. Quizá debamos observarlo, detenidamente, haciendo sus primeras armas en los ejércitos peninsulares. Y, sobre todo, habríamos de fijarnos mucho en él cuando escalaba grados militares a base de técnica y denuedo. Cuando se distinguía heroicamentete en Arjonilla, en Albuera y en Bailén. Frente a él, entonces, se hallaban los soldados del coloso militar de aquellos tiempos. Contra él se precipitaba la avalancha guerrera que había dominado a Europa. Y a su lado, luchando contra aquel Napoleón casi mitológico, un pueblo que valía más que sus gobernantes se levantaba buscando independencia.

Sí. En España San Martín aprendió muchas cosas. Grandes cosas. Midió sus armas contra los mejores soldados del mundo. Como un espadachín que hubiera frecuentado la mejor sala de esgrima del orbe. Y supo todo lo que puede dar de sí un pueblo que quiere ser libre. Pero, además, San Martín se encontró a sí mismo. Al merecer y alcanzar honores en el ejército español, San Martín halló su propia encrucijada. El punto exacto en que él habría de decidir sobre su propio destino. Un destino que, de un modo u otro, él supo que estaba ligado al gran destino de América. Sus historiadores hablan de una voz interior. Algunos insisten en que fué una voz que lo llamaba a la gloria. Yo creo que, para él, fué una simple voz que lo llamaba al deber. Ya San Martín era, por encima de todo, un soldado. Un soldado aguerrido. Un soldado disciplinado. Un soldado heroico. Pero no un soldado lleno de la heroicidad que se vuelve locura. Que se convierte en embriaguez de pólvora al sonido de los tambores y al rugir de los cañones. No. La heroicidad de San Martín era ya decisión serena. Reflexión. Estrategia fría de hombre de pensamiento. De hombre para quien la acción es sólo idea que camina.

San Martín hubiera podido seguir en España. No era ya un soldado oscuro y simple-



San Martín

(Dibujo de *Eduardo Alvarez*)

✖

mente valiente. Era un coronel. Un oficial graduado en grandes batallas. Un hombre que poseía una gloria completa y legítima. Para él había caminos en España. Por delante se le abría una carrera prometedora. Pero ya San Martín era algo más que todo eso. Era una promesa. Era un acero toledano, templado en el combate. Era un instrumento de designios sublimes, listo ya para entrar en acción. No. No era ya España su camino y su meta. América, su América lo estaba esperando. Había concluído la preparación. Sabía ya de guerras, de ataques y contrataques, de brillantes cargas bajo el sol radiante o en la noche oscura y traidora. Sabía ya del sabor de la libertad, que deja un gusto de sangre y de pólvora. En el corazón y en la mente del guerrero había nacido el libertador.

¿Qué fué, pues, lo que trajo a las costas americanas la fragata "Canning"? No fué solamente un hombre. Fué, también, algo más que un simple caudillo. Fué un pedazo de la propia tierra de América. Un pedazo de patria que había sufrido un recio y profundo proceso de saturación. Que había ya madurado y fructificado en otros cielos y bajo otros soles. Y que venía —así sencillamente— a incorporarse al solar nativo para contagiarlo de un orden nuevo. Notemos esa palabra "orden", porque ella expresa correctamente el ideal sanmartiniano. Con San Martín no venía la exaltación. Con él no viajaba a América el motín. En su mente no germinaba la simple rebelión contra el poder. No. San Martín traía algo más vasto y más complejo que un levantamiento. A su llegada ya ardía el fuego de la reivindicación americana. Hacía ya dos años que se luchaba en el Sur del continente. Y él traía un mensaje propio. Un mensaje que, dadas sus particulares condiciones humanas, se traduciría en consolidación y organización. Y, así las cosas, hemos de considerar que su desembarco tuvo un carácter providencial.

A partir de ese momento, José de San Martín empezó a hacerse sentir. Es fácil encontrar el sello de su personalidad en los hechos que integran la historia de la gran epopeya. Y más que en eso, en todo aquello que fué constructivo. En todo lo que fué trascendental. En todo lo que se convirtió en base de conceptos firmes. En lo que tiene sabor de nacionalidad. Y, sobre todo, en lo que significa concepción civilista de los pueblos. Sí. En esto último, especialmente. Porque ese militar, que sabía batir al enemigo con la punta de la espada, no intentó jamás crear un gobierno que viviera de la espada. Ese producto neto de la táctica bélica aprendida en las academias y en la guerra, sabía respetar el natural instinto de los pueblos. Sabía comprender sus inquietudes. Sabía darles el orden que, en el fondo, ellos mismos deseaban. Y sabía renunciar. Sabía poner el interés general por encima del suyo propio. Sabía sacrificar sus ideas si comprendía que no había llegado el momento de exponerlas y de luchar por ellas. Y hacía todo eso sin que nadie notara su esfuerzo. Sin que trascendiera la amargura de la renuncia. Sin que fuera visible su dolor interior. Así fué como patrocinó e impulsó muchas obras que, quizá, en el fondo, reñían con su ideología particular. Pero él era más grande que las circunstancias. Más grande, en ocasiones, que sus propias ideas. Hay quien ha querido denigrarlo tildándolo de monárquico. Y si lo fué, ¿qué? ¿Es que tiene contenido monárquico alguna de sus resonantes victorias contra el coloniaje español? ¿Es que huele a monarquía la organización de los países a los que dió independencia? Habría que reconocer, pues, que constituyó una maravillosa renuncia, la que hizo San Martín de su inclinación hacia la monarquía, caso de haber sentido tal inclinación.

Pero, ya en el capítulo de las grandes renuncias sanmartinianas, no olvidemos a Guayaquil. No podemos dejar de lado el sitio en que tuvo lugar la entrevista más fascinante de América. El sitio en que, como lo ha dicho un comentarista, San Martín "cerró el ciclo de su gloria militar". Al enfrentarse ideológicamente Bolívar y San Martín, ello dió lugar al nacimiento de una "tesis argentina" y de una "tesis venezolana". Yo no pretendo ahora lanzar una nueva teoría. Tampoco quiero optar, de modo absoluto, por uno de los dos contradictorios puntos de vista. Ni siquiera me interesa probar o negar la existencia de la ya famosa carta "de Lafond". No. Me basta enfocar el despliegue psicológico de aquellas dos grandes personalidades. Me basta imaginar a aquellos dos titanes, el uno frente al otro. Me basta ver a Bolívar, nimbado de gloria, brillante la mirada, luciendo vistoso uniforme. Me basta evocar a San Martín, serio, austero, concentrado. Eran, a la vez, antítesis y complemento. Eran, a la vez, contradicción suprema y poder creador. Eran América. América toda que se reunía, a través de toda su historia, como si ella misma se diera la mano, por encima del continente, mirando al porvenir. Cada uno tenía lo que al otro faltaba. Y lo tenía de sobras. Juntos, fueron el chispazo único de la luz soberbia de medio mundo. Y no siguieron unidos porque cosas como esa —cosas como su encuentro— no suceden más que una vez y por corto tiempo. Porque habrían

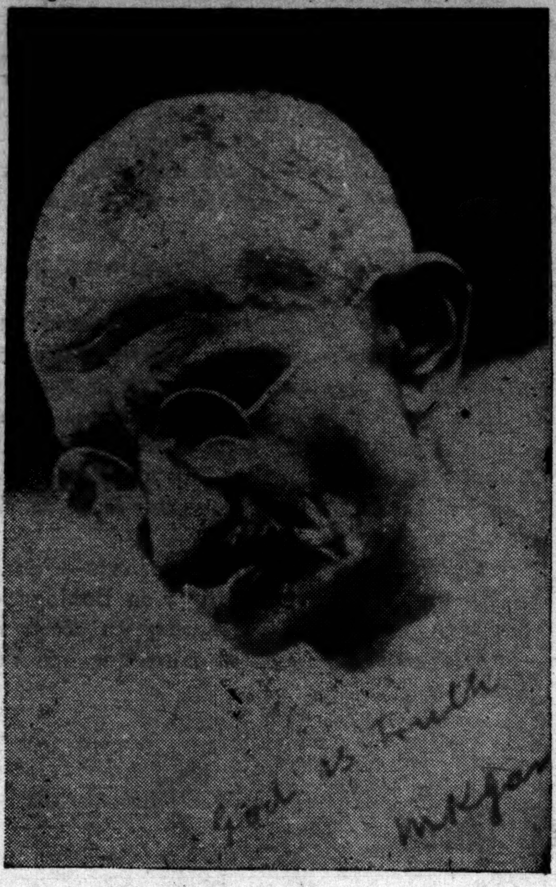
"Satyagraha" o "El Camino de la Paz"

Por el Dr. *Juan MARIN*

(En *Rep. Amer.*)

Resulta extraño y hasta disonante escribir sobre el "camino de la paz" en estos momentos en que el Asia sangra y arde en guerra. Pero, la oportunidad nos la brinda un bello y profundo libro que con este título acaba de publicar R. R. Diwakar, Ministro de Información del Gobierno de la República India y uno de los discípulos más cercanos del Mahatma desaparecido. Miles de hombres practicaron "resistencia pasiva" y "no violencia" bajo la guía espiritual de Gandhi durante los 25 años que duró la lucha de India por su independencia, pero muy pocos son, indudablemente, los que entienden —o estén capacitados para entender— el verdadero significado de "Satyagraha". Es ésta una fuerza moral irresistible en que la doctrina de "ahimsa" o "no violencia" va íntimamente aparejada con el sentimiento de amor y de verdad o mejor dicho "amor-verdad" llevados a su más extremo límite. Siendo una fuerza moral, no puede ser aplicada a fines inmorales o injustos; del mismo modo, no podrá nunca ser empleada contra persona alguna sino contra los motivos que inspiran a esa persona a actuar de mala manera. Gandhi creía que el mal no se identificaba jamás con la persona misma sino que era un elemento separado que tomaba posesión de una persona impulsándola a actuar torcidamente: la fuerza de "satyagraha" tenía entonces que emplearse en el sentido de separar, de liberar a la persona de aquella fuerza demoníaca que lo conducía por el mal camino. Una de las maneras más eficaces de conseguir este objetivo era la de desviar hacia uno mismo todo el sufrimiento físico que pudiera haberse aplicado al delincuente o al culpable. De este modo, Cristo resulta —y así lo estimaba Gandhi— el ejemplar más perfecto de "satyagrahi": el Destino habría de señalar más tarde al propio Gandhiji el mismo camino y el mismo glorioso privilegio. "El amor jamás quema a otro: se quema a sí mismo", decía el Mahatma a sus discípulos y agregaba: "El que quiera seguirme ha de ser limpio en su vida, puro de corazón y no-violento en pensamiento, palabra y acción. Ha de buscar y seguir la verdad en toda circunstancia. No ha de conocer el odio ni la ira y ha de estar preparado a sufrir, alegremente, hasta la muerte misma, si ello fuera necesario". Hermosas y proféticas palabras de un espíritu que acaso entreveía ya la sombra de la muerte proyectarse sobre sus infatigables pasos.

"Satyagraha" nace de la "fuerza-verdad", tiene sus raíces en ese imponderable valor moral de la verdad en sí misma. Gandhi lo revistió, además, con la túnica blanca del "amor". Aparentemente, es una cosa fácil de seguir. Pero, la vida de Gandhi en su medio de lucha y combate por la liberación de la patria, demostró que "Satyagraha" requiere un heroísmo sublime para no traicionarla y no pocos sino muchos son los casos en que Gandhi tuvo que amonestar seriamente a sus discípulos o aun apartarse de ellos, cuando el movimiento tendía a deslizarse por los caminos de la violencia, del odio o de la venganza, así fuera en mínima escala. Pues, la "resistencia pasiva" misma puede contener gérmenes de odio y deseos de aplastar y destruir al enemigo, mientras que "Satyagraha" sólo es dictada por el sentimiento prístino de amor. Amor al eventual enemigo, más que a sí mismo. Lo que se espera del enemigo es que cambie su actitud, su punto de vista, pero no que sufra daño alguno en su persona o en su espíritu. Y esto es lo que hace tan difícil ser un buen "Satyagrahi". Gandhiji, siendo un místico, no estaba sin embargo inspirado por motivos ultraterrenos cuando seguía y predicaba este camino. No. El aspiraba,



El *Gandhi*

como tantos otros reformadores religiosos, a establecer el Reino de Dios aquí en la tierra, aplicando el inmenso poder de la Verdad-Fuerza y del Amor-Fuerza al hombre individualmente y a la sociedad humana en el campo político, económico y social. No hay constancia escrita de que Gandhi intentara aplicar la dinámica de "Satyagraha" al campo de las querellas internacionales, pero, es seguro que, íntimamente, estaba convencido del invencible poder de esta técnica y doctrina de "no violencia-amor".

En el terreno filosófico, Gandhi creía en la bondad innata del hombre; creía también en la existencia del Mal (lo que él llamaba "evil") como cosa extraña a la naturaleza humana pero capaz de apoderarse de ella. Había, según él, que tratar de mejorar y perfeccionar al hombres despertando todo lo bueno que hay en su alma y había, al mismo tiempo, que oponerse sin tregua ni dobleces, a la acción del Mal en donde quiera que se manifestase. De estas premisas nacen sus tres grandes líneas de acción política: redención humana, lucha contra el error o lo que él llamaba las "fuerzas reaccionarias", y ambición incontenible de paz universal. La violencia no puede engendrad sino violencia en mayor grado y cargada de mayores ingredientes de odio. Todo lo que mediante violencia se conquista o adquiere está condenado a perderse por otra violencia. Gandhi consideraba con horror la idea de que algo sólido en el terreno filosófico o ético pudiera construirse por la violencia. ¿Qué hubiera pensado el Mahatma o qué hubiera sentido Cristo Nazareno frente a quienes hablan hoy de "guerras preventivas"? Según expresó el propio Eisenhower, es difícil entender cómo se puede "hacer guerra para evitar la guerra". Hay en ello no sólo una aberración moral espantosa sino un contrasentido lógico evidente. Según Gandhiji el empleo de violencia es siempre fruto del miedo y el verdadero coraje, el valor espiritual, radica en conquistar y vencer al enemigo —al Mal que posee al enemigo— por el poder del amor y la no-violencia. Más aún: por el poder del auto-sufrimiento. Según el apóstol hindú, no hay Mal tan "malo" —y que se nos perdone el pleonasmo— que sea capaz de resistir al espectáculo del sufrimiento pasivo de la víctima. Esto es el triunfo del espíritu sobre la materia de que hablan todos los viejos libros y Escrituras: esto es "Satyagraha" o "El Camino de la Paz".

---

dado a la historia de América un ritmo tan poderoso que el hemisferio habría podido saltar.

¿Qué sucedió, pues, en Guayaquil? Posiblemente nada más que lo que tenía que suceder. Bolívar era una fuerza descomunal, proyectada siempre hacia adelante. Era un hombre sin límites en lo humano. Su vida fué un desplazamiento poderoso y continuo hacia la altura. Los planes que forjaba su mente gigantesca parecían sólo posibles para un mundo de gigantes, en el presente, o para un mundo normal en un futuro lejano. San Martín, en cambio, era una voluntad disciplinada. No era, como el otro, un iluminado. No era un visionario que trazaba caminos al infinito. Pero era el hombre capaz de transitar por esos caminos. Era, también, el hombre capaz de ver los obstáculos sembrados en ellos. Bolívar y San Martín fueron, en Guayaquil, los dos puntos convergentes de la realidad americana. Su entrevista fué la fusión de dos ingredientes sublimes en el crisol de medio mundo. El resultado de esa entrevista fué el comienzo de la Sur América que hoy conocemos. Y yo me inclino a creer que ese resultado fué pesado, medido y deseado por ambos. Por Bolívar y por San Martín. Que, mientras sobre el recinto revoloteaba el genio de Bolívar, la férrea disciplina de San Martín tejía reflexiones. Y que, si luego de la entrevista se marcó el más grande de los renunciamientos sanmartinianos, lo natural es respetarlo. Honrarlo. Admitirlo como producto de dos grandes corazones y de dos poderosas mentalidades. Sin ahondar. Sin preguntar. Sin deducir. Así, simplemente...

Pero dejemos, por ahora, a ese San Martín de los grandes renunciamientos. Dejémoslo, para acercarnos a otro San Martín igualmente grandioso. Al San Martín del destierro. A aquel que tuvo tanto derecho como Bolívar para decir: "He arado en el mar..." No fué eso lo que dijo, pero pronunció palabras parecidas: "He tomado tedio a los hombres..." Sí. Ese fué el pago de tanta lucha y de tanto sacrificio. Un tedio hecho de amargura. De incomprensión. De pequeñas ilusiones que no se realizaron nunca. Porque este gran hombre tenía ilusiones pequeñas. Ilusiones sencillas. Ilusiones que consistían en vivir en una hacienda, en una chacra, lejos del bullicio, en comunión se-

rena con la naturaleza. Y no le fué dado hacer que su sueño se volviera realidad.

Pudo, al menos, hacer algo que quería hacer. Pudo ser padre. Y ser abuelo. Pudo ser ambas cosas plenamente. Hay algo pueril y, al mismo tiempo, sublime, en lo que escribía a manera de norma para la educación de Mercedes, su hija amantísima. Y resulta conmovedora la figura de ese San Martín anciano, con la vista casi perdida, que allá en Europa —tan lejos de los pueblos que libertó— se entretenía en los suaves y burgueses cuidados hogareños. Eso, lejos de empequeñecerlo, es algo que lo acerca al común de las gentes. Es algo que lo vincula a la vida sencilla y natural de todos los hombres. Y, viniendo de un ser extraordinario, viene a ser también algo que nos da fe en la especie a la que todos pertenecemos. Como si fuera la prueba que todos necesitamos para comprender que, de nuestra misma pasta, puede surgir uno de los grandes conductores de la humanidad.

San Martín supo ser siempre un hombre. En él vibró, en todo momento, el contenido humano de sus actos y de sus palabras. Nombrado Protector del Perú, abolió la esclavitud en un soberbio gesto de humanismo gubernamental. En la batalla de San Lorenzo —sobre el hoy llamado "Campo de la Gloria"— sus maravillosas previsiones estratégicas lo remontaron a la altura de un Bonaparte. Y, sin embargo, ya en medio del combate, tuvo que ser sacado de debajo del caballo por sus hombres, pues sabía pelear y arriesgarse como un simple soldado.

Lo que es siempre admirable en él es la posibilidad propia de estar metido dentro de su medida. Como si siempre hubiera sabido lo que tenía que hacer. Años después de haber salido del país, estuvo en un barco, frente a Buenos Aires. Y no bajó a tierra. No quiso participar en disturbios locales que, entonces, ocurrían. Supo, en esa oportunidad como en todas, dominar sus ansias. Frenar sus impulsos. Seguir siendo ejemplo de renunciamientos y de sacrificios.

Más, mucho más que el caudillo victorioso, debemos admirar al San Martín del freno y del dominio de su propio yo. Parecía un hombre que estaba cuidando, para el futuro de su nombre y para ejemplo de los tiempos venideros, los acontecimientos de su propia vida. Como si quisiera legarnos una historia limpia. Como si hubiera querido darnos un aliento paternal y cariñoso, que nos sacudiera desde el pasado.

Quizá sabía —y deseaba merecerlo— que, al descubrirse una estatua suya en Boulogne-Sur-Mer, alguien iba a terminar un discurso con estas palabras: "Padre nuestro que estás en el bronce..."

Una suscrición al Rep. Americano
la consigue Ud. con

Matilde Martínez Márquez

LIBROS Y REVISTAS

Avenida Los Aliados Nº 60

Apartado Nº 2007
Teléfono FO-2539
La Habana, Cuba

Noticia de libros

Indice y registro de los impresos que nos remiten los Autores, las Casas editoras y los Centros de Cultura

Hablemos de 3 libros

Por *Lorenzo* VIVES

(En *Rep. Amer.*)

1º

Tiempo ha, demasiado, pero por causas ajenas a la voluntad, que había de acusar recibo de dos libros. Los dos, de sendos autores ligados a mi espíritu por lazos de óptima amistad. Sabían, seguramente, que mi silencio no era olvido, sino un punto muerto en el devenir de mi vida. Vuelve a ser actual lo potencial, y mi mente, libre de trabas incómodas, se pone al servicio, hoy, de mis excelentes amigos lejanos, pero presentes.

Otro libro quiero incluir en la memoria de los citados, llegado de la Editorial Catalonia, de México, impulsada por Avelino Artís. Poseemos todas sus ediciones, mas nunca nos habíamos sentido tan aludidos como ahora con el libro nuevo de Víctor Alba bautizado en las aguas genésicas del espíritu con el título de *Els Supervivents* (Los Supervivientes).

Empecemos por el primero en llegar. Es *El Peregrino en la Senda del Sol*, del pensador portorriqueño Luis Villaronga. Parte de su contenido lo conocíamos ya por haber aparecido en varias ediciones de *Repertorio Americano*. El resto, lo presentíamos, porque Villaronga no se ha apartado, ni se apartará, *del camino del sol*.

En la confusión actual, él se mantiene erguido caminando, imperturbable, por la senda del bien. Sabe que la ciudad es ahora receptáculo de corrosivos y, para huir del contagio, camina en el campo —y, a ser posible, en parajes exentos de la presencia del hombre, el único ser que lo inficciona todo— persiguiendo al sol.

¿Qué dirían los muchachos de hoy, de las lecturas de Villaronga? ¡Qué iban a decir! Hoy, otras más excitantes las suplantan. En este mundo sin Dios, lo del espíritu extraña.

El pasado, para los que lo tenemos, forma un mundo incorpóreo en el que nos sentimos emocionados. Ahora, la emoción tiene un regusto de tabaco y coctel. El hoy y el ayer están separados por fronteras insalvables. Los de acá, creemos en Dios y en la finalidad de la creación. Los de allá, carecen de valores morales. Acerca de esto, insistiremos al referirnos al libro de Víctor Alba.

Ya los anhelos de ascender a la cumbre para divisar todo el llano, con los rosados del amanecer y los cárdenos del anochecer, se han apagado. Prefieren todos el llano y, en él, la urbe, en donde engañarse con lo fútil y corrosivo. El hombre huye de la naturaleza, y al hacerlo, se esconde de Dios, porque El está allá, y no en lo fugaz de la ciudad.

Cuando acostumbrados a los límites del horizonte y de la bóveda estrellada, acudimos a la cita de la población, nos sentimos incómodos y asombrados por la sinrazón de tanto trepidar inútil. Y uno se pregunta, ¿qué será la vida para tanta gente...? Tonto, ¡y qué ha de ser! Comer, ver, dormir y... beber, y bailar y..., callemos.

En el campo uno quiere más a todos, y medita acerca del vivir inteligente de los animales. ¿Sólo el hombre, inteligente? Quien esto crea, que venga y le mostraré infinidad de ejemplos de fina y astuta inteligencia. Fabre, ¿y por qué no?, nos ayudaría a convencer a los desconfiados.

En su senda del sol, Villaronga debe ir solo. De seguro que son pocos los que se sienten llamados a seguirle. Pero si excelente es la compañía del amigo, insoportable resulta la del curioso que no puede mantener un elevado diálogo.

Sepa, de todos modos, que en varias partes de este pequeño planeta, tiene el autor amigos que, sin que él se dé cuenta, le siguen en su ascenso y muchos están asombrados por lo que les permite comprender su posición en la altura. Tantos y tantos caminos que se suponen inútiles y, sin embargo, son necesarios para llegar a determinados puntos. Sólo los de arriba pueden contemplar todo lo de abajo y, aunque la subida resulte fatigosa, es tan placentera la visión que se gana.

2º

Creíamos que el execelente poeta mexicano, Vicente Echeverría del Prado, en su último libro comentado aquí, había logrado su inquietante empeño de expresarse con ideas puras. Lo dijimos y estábamos convencidos de que ya no haría nada mejor que *En Tiempo de Gacela* y en *Lindero de Amor*. Y así, paramos tienda e hicimos un alto. Mas, he aquí que nos regala, nuevamente, con otra donación de espíritu que se intitula *Ensayo de Realidad para un Sueño*. Y bien. ¿Mejor, igual? Francamente, Echeverría del Prado, en este nuevo libro, logra la superación de todo lo conseguido anteriormente. Su clasicismo etéreo, aquel sutilismo criticado por los visionarios de surrealismos estrambóticos, ha logrado —y ahora sí creo que definitivamente— la cima. ¿Alcanzará puestos más altos? Lo creemos casi imposible.

Todo el libro —todos sus libros— son mensajes de amor, mensajes delicados de un alma aristocrática, severa y orgullosa de serlo, Yo no sé si es orgullo eso de sentirse digno entre tantos indignos. Todos sus poemas —son sesenta— son variaciones sobre un mismo tema: el sublime de la donación por amor.

En "Página Inconfesa", le dice a la amada:

He de esperarte, amada, en el vacío
de las palabras con que se hace verso
el murmullo de amor de mi universo
que enjoya, cuando calla, su atavío.

En "Onda" surge aquella forma clásica que tanto nos recuerda a la otra mexicana que se llamó Inés de la Cruz, y que el poeta sabe hacer tan bella:

Como si ya te quisiera,
onda de quererte soy;
soy onda por la que voy
a la onda que bebiera.

Como si ya te tuviera,
por poseerte me doy
para estar en donde estoy
estancia que a mí te diera.

Como si mi desatino
ya fuera tino de amor,
es con arraigo de trino
para sombra sin dolor
en un trino de camino,
descanso de ruiseñor.

En "Naufragio Transparente", cada verso es una preciosa metáfora:

Eres la bienvenida: la palabra
de un verso mío que anidó tu carne
en silencio de manos esperadas,
puso tus pies en la vereda limpia,
tu espacio en el ascenso de tus alas,
y tu forma, desnuda en la tibieza
del absoluto cauce de mis llamas.

. . . .

En ti fluye mi dicha, sin recodos,
prestando espejos de profundas causas
al querubín de las elevaciones
que quieren ser, con infinita escala,
en el fondo, naufragio transparente,
y arriba, salvación de nubes blancas.

Otro "Cantar de Cantares" se nos aparece en "Oda en Carne y Sueño":

Tu cuerpo empieza a cosechar la herida
que de las manos se te fué cayendo
al inútil dolor, y va surgiendo
una espera de piel recién nacida.

. . . .

Hazte suave, deslízate, circunda
mi esperanza de ti, con un flotante
polinizar la brizna del instante
hasta que en flor de permanencia cunda.
Hasta que el tiempo ya no pase, y hunda
una raíz de sol en el diamante
de la perennidad que, alta y brillante,
corte la noche que en mi ser me inunda.
Me necesito en ti, para ser mío
con propiedad de sueño y de tibieza
en perfumado y dócil albedrío.
Para ser lo que soy en la certeza
de saber que en tus manos hay un río
por donde corre mi naturaleza...

. . . .

Es tu cuerpo la carne de mis venas,
y por él corro en sangre desnudado
esparciendo una pauta de sembrado
que me deja en tu tez las manos llenas.
Llenas de suavidad y de colmenas
en orquídeas de roce substanciado
que son a los contactos, lo inviolado,
y a las distancias del amor, cadenas.

La espontaneidad emerge en "Nube":

Litoral de mi calor,
deja líquidos veranos
de luz, tu espuma, en mis manos
marineras del candor
que coraliza la flor
en que se abren mis deseos
como conchas de flanqueos
por abrazar tu blancura
en el vaivén de una hondura
de insondables himeneos.
Renovando las espinas
que perdió la primavera
de aclimatar a mi espera
en tu seno de neblinas,
mi corazón enjardinas
de gotas en ascensión,
enrojeciendo el pezón
de que me hiere tu forma
con la espina que transforma
en nube mi elevación.

En "Duelo de Miel" recordamos a Lulio en "El Amigo y el Amado", y a San Juan de la Cruz:

Amor que de miel te abrevo,
no sé si el enamorado
eres tú de verte amado
o soy yo porque te llevo.

Dulce amor en que me muevo
tan perdido y encontrado,
que llego a ti renovado
o eres tú quien llega nuevo.

Amado amor palpitante
como tallado con mieles
en abeja de diamante.
No sé si vivo en tus hieles
duelo de miel por amante
o dulce amor porque dueles.

Y, ¿cómo discriminar lo indiscriminable? ¿Cómo preferir entre tantos presentes de bella concepción? Hasta el final es digno pináculo del ascenso luminoso. Se titula "La Aurora del Silencio", y dice así:

Fué una vez en que el ensueño
tan vivo sueño vivía,
que la realidad tenía
toda la verdad del sueño.
Fué una vez en que llovía
con el agua del empeño
que del sueño se hace dueño
y su dueño parecía.
Fué una vez en que la aurora
de la vida, se tocaba
con el tiempo que la hora
sobre la vida fijaba.
Fué una vez en que la aurora
del silencio, no pasaba...

3º

Y, ahora, hablemos del tercer libro. Se llama *Els Supervivents*. No por el hecho de ser otro libro catalán nacido en América —han nacido tantos desde que en Cataluña han brotado tantos librocidas— sino porque el autor sabe llevarnos, a los catalanes que ansiamos volver a nuestro suelo nativo, a la contemplación de aquello de después de la guerra. Y aquello es el conglomerado abigarrado actual de la vida global de mi pueblo. De aquel pueblo que no conocía ninguna necesidad, si no era la de despertar la conciencia de las demás regiones hispanas para lograr su confederación.

De todas las obras editadas por Ediciones Catalonia, de México, *Els Supervivents* es la más interesante, y por varios motivos. Porque es impersonal, aunque pueda tener su parte de autobiografía; porque sin caer en las vulgaridades del actual expresionismo francés estilo Sartre, es una obra existencialista; porque sin exagerar ninguna nota, sabe expresar la falta de inquietud moral del hombre y de la mujer catalanes de la post-guerra, y además, porque la dicción es perfecta, tanto, que uno se siente contento al constatar el estado de perfección de nuestro idioma, después de tantos titubeos y tanta confusión. El milagro del maestro Pompeyo Fabra, se ha realizado, y digan lo que digan, y hagan lo que hagan, nuestra lengua vernacular se mantendrá en el estado de perfección presente gracias a los desvelos y sacrificios de los catalanes en el exilio.

Sí, el libro puede ser catalogado en la sección de novelas. Claro, la trama es tan vieja casi como el mundo, y que le conste a Víctor Alba que la despreocupación de su Marta —que como dice él mismo puede ser mi Marta, y la tuya, y la del otro— la hemos conocido antes de que en Cataluña pasaran, por desgracia, tantas cosas. Y hasta el nuevo rico estilo Canals, lo conocemos, también, de muchos años antes. Lo que pasa es que en aquel antes los casos eran bastante particulares, y ahora son demasiado generales. *C'est la guerre*, ya decíamos los muchachos del año quince cuando en Perpignan las mujeres de los soldados en el frente de guerra nos acosaban pidiendo a cambio de sus favores. Si *c'est la guerre*. Y si hasta entonces había quién no quería oír hablar de Dios, qué no pasará ahora... Para los que no saben de días sin pan, de noches sin refugio, de debilidades en la mujer propia, de cárceles y de campos de reclusión, la razón de la falta de razón de ahora, es obscura, mas, para los demás, es obvia.

Y así, Valerio Valls, es un héroe anónimo que puede ser uno de tantos que conocemos, y así Marta, la múltiple Marta, que la vemos hasta en la carne de lo nuestro... Y Juan Canals, el desaprensivo nuevo rico a base de *estraperlo* que adquiere una Marta como se hace de un nuevo buick, ¿no es tal y cual? Bah, cada personaje de la novela de Alba es un ser vivo de carne y alma que consigue dialogar con nosotros, los lectores, y con todo el interés que uno pone en los asuntos importantes. Y no es vasto el escenario de la obra, ¿para qué? Lo que conviene hacer es la vivisección de la gente que en él se mueve, desde la voluble Marta hasta el fatuo Juan Canals, desde *Deu Pams* (Diez Palmos) al párroco reumático, y del desorientado Valerio al pobre Mateu, el querido de Flora. Todos se mueven independientemente, en su medio que le ha creado el momento actual; pero, lo repetimos, cada uno de ellos lo hemos conocido en otras partes y en otras novelas. No son de ahora, sino de siempre. Lo que pasa es que ahora el momento es propicio para que esa fauna se haga más extensa, más perceptible. La mancha antes se hacía sólo visible para aquellos que se habían acostumbrado a localizarla, ahora se ha extendido tanto y se ha dejado caer tanto polvo en ela, que su visibilidad no entraña la más mínima dificultad.

A los que vemos con los ojos del afecto las cosas de allá como las dejamos, la obra de Víctor Alba nos viene a advertir que el decorado y los personajes han cambiado, y mucho. Por esto nos ha interesado, también, su lectura. Nos ha puesto ante cosas que nos son familiares, pero ahora en ellas se mueven unas gentes que no conocemos, pero que llegamos a prever por lo que sabemos de otros lugares, porque el cambio ha sido universal. No hay fronteras que detengan la invasión.

Y bien. Con esta nueva visión de lo nuestro no por esto seremos distintos. Sabemos hasta comprender que, si nuestro tiempo fuera éste, también seríamos uno de tantos. Que criticar o censurar sin auto juicio, es propio de tontos o hipócritas. Siempre conviene pensar: bueno, y tú, en idénticas condiciones, ¿hubieras obrado de otra forma?

Finca Monticel.
Cervantes, Costa Rica, septiembre de 1950.

Octavio Jiménez A.
ABOGADO Y NOTARIO
Oficina: 25 varas al Oeste de la Tesorería de la Junta de Protección Social
TELEFONO .....
APARTADO .....

Página Lírica

(5 poetas se dan cita en el *Rep. Amer.*)

OCTUBRE

Ventrudo ujier, el sapo
Da tres golpes, y anuncia
Al Invierno que llega.

Cuelga Octubre y despeina
Su cabello. Las aguas
Se encabritan y treman.

Tibio grano de música,
Semicorchea de oro,
Cae a la flor la abeja.

Turbios, los prados duermen.
Huele a tierra. El buey anda
Bebiendo en las albercas.

La noche va en el huerto
Cerrando las acacias
Y abriendo las estrellas...

César *ANDRADE y CORDERO.*
Cuenca, Ecuador

*

INTIMIDAD MATINAL

En la pequeña sombra de la joven mañana
me enseñaste la luz de tu primera cana.

Y queriendo reir tu alma se quedó seria
como una niña triste perdida en una feria.

Yo pensé que ese hilo de oro calcinado
acaso, sin querer, te lo dió mi pasado.

Y la naciente lágrima te dejó más hermosa,
pues fué como el rocío que se duerme en la [rosa.

Alberto BAEZA FLORES.
Bayamo, Oriente de Cuba.

*

LA OTRA

No soy la que te ama.

Es otra,
que vive con su alma
dentro de mí.

A veces, tú lo sabes,
cierro los ojos para
no caer en los tuyos.
Y te hablo del viento
que escribe la mañana
en su libro de viajes,
y digo, sonriendo,
que algún día me iré.

Ella, la enamorada,
cruza entonces las venas y me toca
de lumbre el corazón.
Y te mira en silencio.
A través de mis párpados, te mira
olvidándose en tí.

¡Y de pronto te besa con mi boca
y crees que soy
la que te besa!

Meira DELMAR.
Barranquilla, 1948.—

MI GABAN DE NACAR

Me quedé desnudo,
anclado y sin tasa,
esperando, amiga,
que te desnudaras.

A las dos en punto
de la madrugada,
acerté, mi amiga,
vestirme de plata.

Blanco por la frente,
blanco por la espalda,
tan blanco, mi amiga,
como tu piel blanca.

Me quedé sin traje
por la madrugada,
por vestir, mi amiga,
tu linda garganta.

El camino abajo
que tu pecho guarda,
lo sentí, mi amiga,
vestido de plata.

Aleluya al viento
cerrado en la sala,
por llevar, mi amiga,
mi gozo en volanda.

Al rondón el viento
que dió serenata,
por doquier, mi amiga,
en la noche alzada.

Qué tan blanca fué
mi nueva corbata,
que sentí, mi amiga,
una muerte blanca.

A las dos en punto
de la madrugada,
me vestí, mi amiga,
con tu piel tan blanca,

M. GUTIERREZ de la FUENTE.
Sevilla, España

*

LA LINDA MOZA

Estaba una linda moza
bordando flores de seda,
ya verdes como esmeraldas,
ya rojas como cerezas,
sobre fino cañamazo,
de plata y oro las hebras.
—¿Para quién son esas rosas,
ay, mi niña casadera?
—Sepa usted que estoy preñada
de siete meses. No crea
que espero mozo galán,
ni soy moza casadera.
—¡Quién fuera tu maridito!
¡Ay, tu maridito quién fuera,
para velar el tu sueño
de noche cuando durmieras!
—Yo no tengo maridito:
soy encinta de cualquiera.
Era pastor y en el monte
hicimos grande una hoguera,
bebimos de rico vino,
comimos tasajo y presa,
y nos quedamos dormidos
cuando la luz alborea,
cuando la tórtola duerme,
cuando la alondra gorjea.
El me tenía la cintura
apretadita de fuera.
El me tenía los mis pechos
como dos palomas presas,
y yo cantaba en su oído
como rumor de agua fresca.
Yo de mi aliento le daba,
él de su aliento me diera,
y despertamos los dos
cuando la luz alborea.
—Quédate con Dios entonces,
ni casada ni soltera.

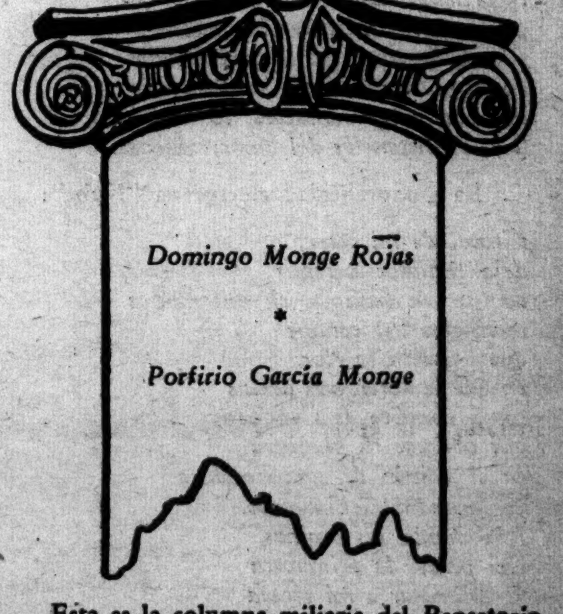
Francisco INFANTES FLORIDO.
Sevilla, España. 1948

*

CICLO DE ANGUSTIA

Mirándote dormida y soledosa...
Y en ti mi corazón ya se derrama
como una gota negra y persistente.
Duramente la vida nos acosa,
amada, duramente.
Y el silencio es oscuro y doloroso,
y circula en la sangre como un asta.
Perder los sueños de repente,
no saber dónde gira la verdad,
pero saber de voces desgarradas
y de sombras cerrándose en el alma.
Puede crecer la lluvia en nuestro aire,
y llenarse de árboles la frente
y desfilar los puentes en el alba,
labriegos y maestros de la mano.
Pero la angustia, amada, nos separa.
Estás aquí, y estoy desesperado,
de frente al duro viento y la montaña,
múltiple y solo, lúgubre de estrellas
y derramado al pie de la nostalgia,
al pie del agua súbita y amarga.

Eduardo JENKINS.
Gainesville, Florida, 1950. —



Esta es la columna miliaria del *Repertorio Americano*.

En ella inscribimos los nombres de los suscritores y amigos que por años, hasta el final de sus días, lo recibieron, lo estimaron y colaboraron.

Promotores de Cultura fueron!

Palabras de Pablo Neruda

Dichas en Varsovia, en la distribución de los Premios Mundiales de la Paz.

(Envío de *Joaquín Gutiérrez*. París. Dicbre. de 1950)

Como las palabras, aunque se hayan gastado mucho, guardan empeñosamente su significado, os diré que esta tarde, aquí en Varsovia, me siento feliz.

Yo corrí Polonia en Primavera, desde las fronteras del Este hasta las espumas de color de acero del Báltico, fresas pálidas y flores de azul violento, flores y fresas, en las praderas y en los bosques, me salían a recibir, y me decían: "Extranjero, aquí han pasado muchas cosas, hemos sido regadas con sangre y, sin embargo, aquí estamos de nuevo, somos la Primavera".

Sí, estoy feliz esta tarde. Ahora el invierno blanco camina sobre la tierra de Polonia. Pero vuestra tierra, vuestro pueblo despertaron para siempre, dais frutos y flores, nos mostráis niños radiantes y máquinas recién nacidas, tenéis escuelas y calles primorosas donde los escombros eran como montañas de mi país natal, y trabajáis cantando bajo el sol o la niebla. Habéis retenido la Primavera para repartir el sol, la tierra y el pan. Por eso los hombres que hemos venido de lejos hasta Varsovia para reunirnos en la mayor jornada de la paz, al volver a nuestras tierras para extender el mandato de nuestro Congreso, llevaremos en la misma mano tierra de Polonia, tierra estremecida, ayer, por el martirio, hoy por las germinaciones de la esperanza.

Anoche oímos la gran voz de Paul Robeson. Era como si un gran río hubiera venido a saludarnos. Era el Mississippi que nos cantaba canciones de sus orillas, canciones de paz. ¿Quién no siente ternura grave y emoción inmensa cuando Robeson canta? El canta tan alto que nos sentimos pequeños y, sin embargo, su canto nos da fuerza. El ha puesto el canto de la paz entre los hombres pero también lo ha lanzado a las grandes alturas para que lo escuche toda la Humanidad. Este hombre humilde, por la potencia deslumbradora de su voz, fué halagado por los enemigos de la paz, quisieron que cantara para ellos en sus banquetes. Pero el gran río canta para los pobres, para los pobres negros de sus orillas, para los pobres blancos de todo el mundo. Así ha llegado a ser, fundiendo en un bloque colosal al gran artista y la conciencia, el hombre más eminente de los Estados Unidos de Norteamérica. Por eso le prohiben que salga de allí al mismo tiempo que impiden la entrada de Shostakovitch. Pero esta voz y esta música están guardadas por material más duro que la piedra, resistente hasta a las bombas atómicas; están guardadas por el amor de todos los pueblos.

Los escritores de esta época tenemos una responsabilidad que quiero señalar: vivimos aún la época que mañana se denominará en literatura, la época de Fuchik, la época del sencillo heroísmo. No existe tal vez en la Historia una obra más simple y más alta y ninguna se escribió bajo tan terribles circunstancias. Y esto sucede porque Fuchik es el hombre nuevo, es el escritor de época Fuchik, época en que para la composición de la amalgama humana hay que tomar como materiales permanentes la creación y el desarrollo glorioso de la Unión Soviética y la conciencia organizada de los trabajadores del mundo. Fuchik no es un romántico, no es un Byron. No hay duda de que en un Byron hay algo que nos atrae, como en Shelley, como, más que en ellos, en el gran Víctor Hugo de la libertad. Pero en Fuchik hay otra cosa: el sentimiento, no sólo de un cantor de la libertad, sino de un constructor de la libertad y de la paz. Fuchik es un comunista. Fuchik no es un mártir sacrificado al azar, por la bestialidad del fascismo, como mi gran hermano Federico García Lorca, asesinado porque Franco vió en él el espejo de una gran cultura tradicional. Fuchik es escogido como una parte elevada de una organización destinada a llevar a los hombres la felicidad y la paz. Estaba condenado a muerte desde que lo encontraron porque él formaba parte vital, consecuente y viva de una actividad, de una esperanza invencible. Al matar a García Lorca los fascistas quisieron apagar una luz de España para dejarla en tinieblas, al matar a Fuchik tenían el propósito de derribar un edificio poderoso construído con los elementos adelantados y progresistas de toda la sociedad humana; querían matar el futuro. Si lo lograron o no, no lo diré yo, sino vosotros, porque aquí estamos reunidos en la nueva Polonia liberada y constructora, no muy lejos de la Unión Soviética, más pacífica y más poderosa que nunca, en torno al nombre de Fuchik para honrarlo, porque su obra seguirá siendo por los siglos un monumento a la vida, escrito en el umbral de la muerte.

Quiero rendir un homenaje a mi hermano en poesía Nazin Rismeth. Ojalá hubiera estado con nosotros. Su poesía ha sido para todos un gran manantial hecho de noble agua que canta y de acero que corre hacia el combate. Su largo cautiverio no hizo agigantar su palabra hasta hacerla una voz universal. Mi obra de poeta se enorgullece de estar junto a su poesía en esta alta hora de lucha por la paz.

La paloma de Picasso vuelve sobre el mundo. Le disparan desde el Departamento de Estado flechas envenenadas, los fascistas de Grecia y de Yugoeslavia le muestran el cuchillo entre los dientes ensangrentados, MacArthur el cruel agresor, desencadena contra ella, sobre la heroica tierra de Corea, cataratas de napalam incendiario, los sátrapas que gobiernan a Colombia y a Chile pretenden prohibirle la entrada. Es inútil. La paloma de Picasso vuela sobre el mundo, nívea e inmaculada, llevando a las madres una palabra dulce, de esperanza, despertando a los soldados con el roce de sus alas para recordarles que son hombres, hijos del pueblo, que no queremos que vayan a la muerte. Y vuela sobre los monumentos y las ciudades, se queda pegada a todos los muros de todas las ciudades del mundo con el mensaje de la paz que el maestro Picasso envió con ella a todas partes. Esta paloma está viva y brilla cada día aún en la oscuridad de las tinieblas fascistas. Cuando nació los enemigos de la paz sonrieron. Hoy la miran con terror y movilizaron todos sus tanques para que no entrara en Sheffield. Esta paloma tiene mil vidas, voló hacia Varsovia y sigue abriendo las alas sobre el nuevo Chamberlain de Inglaterra, Mr. Attlee, y sobre el pueblo británico. Nuestra paloma vuela sobre el mundo.

Entre los ausentes está también el gran pintor del Brasil, Portinari. Su pintura ha buscado en la vida del pueblo sus materiales imperecederos. Así como la gran escuela de los pintores muralistas mexicanos ha dejado en los muros de México la historia de las luchas del pueblo mexicano, Portinari ha encontrado en el movimiento popular del Brasil, encabezado por el Caballero de la Esperanza, Luis Carlos Prestes, un firme terreno donde su obra se construye.

Yo sé que los escritores de Polonia y de las hermanas democracias populares viven hoy nuevas condiciones de vida y de ambiente que transformarán también su obra. Han sido llamados a transformar también la vida, a edificar con su pueblo. Nosotros comprendemos las dificultades técnicas o los problemas literarios que tendréis que resolver en cada obra. En esta etapa, los escritores progresistas de las tierras lejanas os tenemos que decir: en vuestros trabajos, en vuestra adhesión y unidad con vuestras patrias liberadas, os acompañamos con todo nuestro respeto y nuestro amor. Nosotros, en nuestra juventud, no tuvimos casas editoras que nos buscaran para encargarnos libros, sino que nos cerraron las puertas o nos explotaron. Y cuando nuestra conciencia nos indicó que debíamos marchar en el gran camino del progreso de toda la Humanidad, con otros escritores, escecialmente con los grandes escritores llenos de nueva alegría de la Unión Soviética, no sólo tuvimos las puertas cerradas de las editoriales sino abiertas las puertas de las cárceles.

Por eso, cuanto estáis haciendo, merece nuestra profunda atención. Vais adelantados en la ruta. Os miran muchos ojos, porque esperamos para nuestras patrias, a menudo despedazadas por la opresión, roídas por el imperialismo, la liberación que habéis logrado en la vuestra. Y en esa hora, nuestras obras irán juntas a nuestros pueblos que estarán unidos.

Este Congreso me ha permitido conversar con delegados que han venido de las distantes repúblicas de América. El muchacho de Bolivia me contó cómo doce fortalezas volantes, con pilotos norteamericanos, terminaron con una huelga en las altas minas de estaño, en Oruro. Dejaron caer las mismas bombas que masacran a Corea y terminó la huelga porque más de mil mineros quedaron allí muertos. Y en Argentina, en Paraguay y en Puerto Rico, y en

YA ESTÁ LISTO

el poema

Estirpe

de Rafael Cardona

Precio del ejpr. ₡ 3.00

Solicítelo al editor

Correos: Letra X.

Teléfono 3754

San José de Costa Rica

Chile y en Venezuela... No sigamos enumerando.

Pero tenemos confianza. Esta lucha por la paz la ganaremos. Y a los escritores del vasto continente americano repito: ganaremos la paz, pero no con vuestro silencio sino con vuestra palabra, con vuestra ayuda, que necesitamos. A los de América del Norte se dirigió con nobles palabras el maestro Ehrenburg. Yo, escritor de América, os digo ¿por qué no contestáis? ¿Por qué no habláis? Hemingway, muchas vidas de gangsters fueron pintadas por ti con el gran estilo que te reconocemos, ahora, ¿no es bastante fuerza de inspiración para ti la destrucción por una ola de bandidos de nuestra amada República coreana? ¿McArthur no os sugiere un retrato como los de los gangsters que dejaste en tus libros, grabados con buril? ¿Y por qué no hablas de la paz? ¿Quieres la guerra?

Steinbeck, gran Steinbeck, autor de grandes libros, ¿qué nos dices de Howard Fast? ¿Estás de acuerdo con que un gran escritor de la patria de Jefferson escriba sus novelas en la cárcel? Steinbeck, Steinbeck, ¿qué has hecho de tu hermano?

Muchas veces me han preguntado cosas sobre mi poesía. Yo tengo poco que contestar. No podría decir mucho más que esto: escribo mis poemas porque nací para cantar.

Ahora bien, me preguntan, tus poemas son para muchos una bandera; ¿crees que así debe de ser, que deben ir delante del pueblo, guiándolo con su camino?

Y yo contesto: estoy contento si mi poesía permanece encendida en el corazón del pueblo y llega a iluminar el camino de la paz que conquistaremos luchando y cantando.

CONANGLA, académico

Por *Rafael MARQUINA*

(En *Información* de la Habana. Mayo 30 de 1950)

Ciertamente bien merecido tiene el señor Conangla Fontanilles el honor que le confiere la Academia de la Historia de Cuba al otorgarle el título de miembro correspondiente. La extensa bibliografía histórica del recipendiario le acredita digno de tal galardón. El señor Conangla, que ha cultivado y cultiva con extraordinaria seriedad científica diversas disciplinas, ha aportado ya a la historiografía cubana notables estudios de mucha utilidad y todos ellos evidencia de su capacidad y del acendrado amor con que se esmera en el servicio de la cultura cubana. Bastará este propósito recordar, entre los más recientes, su libro sobre Pi y Margall y la independencia de Cuba para que resalte nítida la justicia de estas afirmaciones.

En la sesión solemne celebrada para su ingreso en la corporación ilustre, el señor Conangla tuvo el honor de que estos méritos suyos fuesen recordados y respaldados por la autoridad del académico de honor doctor Tomás de Jústiz en sus palabras de presentación, justas, claras, sagaces y ecuánimes.

Para cumplir el precepto reglamentario que exige al ingresante en la Academia la lectura de un trabajo histórico en el acto de ser recibido en el recinto de los investigadores, el nuevo académico, catalán esencial que lleva a Cuba en el corazón y en la mente, escogió, para estudiarla en sus esenciales categorías biográficas y actuantes, la figura de otro gran catalán cubano: don Tomás Gener.

El subtítulo adoptado por Conangla para dar sentido a esta evocación de Gener es muy expresivo de la aspiración, del propósito que le llevó a intentarla: "Del hispanismo, ingenuo a la cubanía práctica". Es decir, lo que por encima de todo le interesa no es simplemente la biografía sino el análisis de la evolución espiritual de Tomás Gener, que da la posición de "hispanismo resistente" usada por Elías Entralgo (y recordada por Conangla) para calificar a Gener, hasta su convicción acérrima de la justicia y razón de las razones cubanas en apoyo de un sentimiento de soberanía, fué evolucionando hacia el separatismo sin quebrar nunca la línea recta del decoro humano, de la limpieza de conciencia y de la devoción a la justicia.

Ya en los primeros párrafos de su discurso el nuevo académico exponía con más literal claridad este designio al aludir a "algunos puntos sutiles de apariencia discordante con la significación representativa cubana del personaje", y añadir inmediatamente que aquellas discordancias pasajeras "no se pueden atribuir a falta de lealtad hacia Cuba, sino interpretarse comprensivamente como elementos circunstanciales elaboradores de sucesivas fases en el indudable proceso de evolución que en la inteli Gener para ir señalando bajo la exterior anécdose... hasta la total y bien franca aceptación de los ideales independentistas".

Tal la tesis del discurso de José Conangla. Todo él tiende a la demostración de estos postulados que, en definitiva, constituyen, en esencia, la biografía de Tomás Gener. Es así éste presentado por su apologista como un caso representativo y muy ilustre. Como una evidencia humana de inteligente comprensión. Y al mismo tiempo, en homenaje a la nación que le prohijó, como una prueba de la solidez histórica y humana de las razones cubanas. De este modo, el discurso o trabajo de Conangla Fontanilles, notabilísimo por múltiples méritos, es de mucho interés histórico al par que un doble conmovido tributo a la conciencia de libertad de que participaran en la hora decisiva y en vigilia ardorosa catalanes y cubanos.

Para el cabal cumplimiento de su designio, el nuevo académico siguió, con orden cronológico estricto y con acopio de documentos muy fehacientes y algunos muy sagazmente analizados, la peripecia biográfica de Tomás Gener para ir señalando bajo la exterior anécdota el íntimo fermento de las ideas que la experiencia sembró y abonó en su espíritu.

No se trata, pues, de un empeño exclusivamente biográfico. Ni siquiera la intención de biografía puede considerarse como primordial en este excelente estudio de Conangla. Su móvil ha sido el de fijar precisamente en un "hispanista resistente", pero catalán hasta la médula, el profundo y convicto fervor con que se identificó con la sagrada causa de un pueblo que quiso ser libre y debía serlo y al que sirvió con la inteligencia y amó con el alma.

Quien quiera que lea íntegro el discurso del señor Conangla, del que él sólo leyó fragmentos en la memorable sesión de su ingreso académico, verá, en efecto, de una parte, cómo el claro talento, la noble alma, el recto espíritu del catalán acubanado va acercándose con entusiasmo y seguridad al ideal que enciende el alma cubana; de otra, la justicia de las razones de Cuba tan nobles y nítidas en su verdad y en su pujanza que no eran, no serían, no son incompatibles con la permanencia de un hispanismo —para usar la palabra de Conangla— de genuina raíz y, mucho menos, cuando se trata de un hispanismo catalán.

De todo ello debe deducirse para justipreciarlo debidamente, el gran interés de este trabajo, cumplido con la acuciosa seriedad investigadora y la inalterable honradez científica que caracterizan la obra toda del nuevo académico. Y para calibrar la nobleza del homenaje que rinde la tierra de Cuba, donde tantos catalanes han hallado, desarraigados de aquel clima de libertad que les es consustancial. "Libertad: he ahí el alma catalana", escribió Juan Maragall, el gran poeta de Cataluña.

Supo, pues, corresponder muy dignamente José Conangla Fontanilles, al gran honor, a la noble justicia con que la Academia de la Historia de Cuba ha premiado sus merecimientos. Y con su estudio de la evolución lúcida del espíritu de Tomás Gener desde el hispanismo ingenuo a la cubanía práctica, ha aumentado con uno más la lista de sus aciertos, enriqueciendo con un nuevo título la lista de los que ya ostenta como cultivador de la historia cubana.

STECHERT-HAFNER, Inc.
Books and Periodicals
31 East 10th Str.-New York 3, N. Y.
Con esta Agencia puede Ud. conseguir una suscrición al
Repertorio Americano

Si quiere suscribirse al "Repertorio Americano" diríjase a
F. W. FAXON Cº
Subscription Agents
83-91 Francis Str.
Back Bay
Boston, Mas. U. S. A.

ENTÉRESE
Los autores latinoamericanos que quieran vender sus libros a Universidades o instituciones culturales de los Estados Unidos, pueden dirigirse a
RÓMULO TOVAR
en 938½ SO Magnolia Ave.
Los Angeles 6. California.
También se desean corresponsales en materias jurídicas latinoamericanas en los países del Continente y se ofrecen informes sobre asuntos de esa índole.

Nació un niño en Polonia

Por *Edgardo Ubaldo GENTA*

(En *Rep. Amer.*)

Nacía un niño en Polonia.

Cada treinta millones de almas que venían al mundo, una gozaba el derecho de elegir su destino.

—¿Qué ruta prefieres? —dijo su Angel.

—Interrogaré a mis padres —contestó el alma del niño.

Era la alta noche. Mientras sus cuerpos dormían, las almas de los padres se asomaron al cielo para ver llegar la luz del hijo. Y corrieron a besarla sobre la cima de un monte.

Entonces dijo el Angel:

—Padres: vosotros sabéis del mundo, ¿cuál sendero preferís para el niño?

—¡La dicha! —exclamó la madre.

—¡La gloria! —contestó el padre.

El niño, vacilante, miró por la cuesta que seguían los ojos maternales y vió la multitud unida de los seres felices, abrazadas unas almas a las otras, o reposando solas en la paz, o asidas a su ideal o su esperanza. Pero todas de un solo color, de una misma luz, de un encanto uniforme.

—¡La felicidad a mi hijo! —repetía la voz de la madre.

El niño miró ahora del lado que mostraba el rígido índice del padre, y vió unas pocas almas, aisladas y diferentes; sus gestos no eran plácidos, sino violentos; sus voces no eran alegres, sino de inmenso dolor.

—¡La gloria para mi hijo! —insistía el grito del padre.

El alma del niño se inclinó repetidamente a uno y otro lado del monte.

De acá era la dulzura en las sonrisas, en las promesas, en las plegarias. Pero era también el Silencio.

De allá era el fragor; pero también la Música.

¡Ah, qué Música!

De cada uno de los grandes espíritus solitarios brotaba un río, un torrente variado de notas sublimes que crecían al ritmo de sus torturantes pensamientos; y salían del mundo; y en los infinitos del espacio y la eternidad despertaban las sinfonías de las esferas cuyos ecos tornaban a las almas originales y creadoras, que las esperaban de rodillas.

—¡La gloria! ¡Quiero la gloria! —dijo al fin el alma del niño.

—¡No! ¡No! —clamó la madre—. ¡Con la gloria te espera el sufrimiento! ¡Perderás el amor!

—¡No! ¡No! —repitió el Angel—. ¡Mira lo que la gloria te ofrece: perderás la patria!

—¡Aún más, hijo mío: sufrirás sin reposo y paso a paso te seguirá el descontento!

—¡La gloria! —repetía el alma del niño, suspensa de la Música inmortal.

Esa noche nació un niño en Polonia.

Se llamó Federico Chopin.

Montevideo, 1950

Atención con el deporte!

(Viene de la pág. 39)

Conocida es la anécdota del mayordomo de don Tomás Rueda Vargas cuando habiendo sido derribado por un potro exclamó al ponerse en pie: "No ha pasado nada. Afortunadamente el golpe fué en la cabeza".

Sabemos, sin que nos lo repitan los expertos, que el deporte no es cosa de ayer. El deporte tiene una historia que puede confundirse con la de la humanidad. Los primitivos debieron hacer deporte a su manera. Los salvajes lo hacen en todas las latitudes: las danzas guerreras y las lúbricas, la hoy tan popular "patada voladora", la lucha libre, todas las competencias que buscan el aplauso o el grito estimulante, encuentran en las tribus los primeros campeones, hoy se diría los primeros "cracks". Los griegos y los romanos iniciaron el juego de golpear una pelota con los pies. Los ingleses lo vienen haciendo desde hace varios siglos. Pero en todos los tiempos, desde los primitivos hasta los de nuestros días, lo que pudiéramos llamar el deporte está basado sobre reglas que es preciso respetar. El mismo circo romano, que en bárbaros tiempos fué un deporte también, funcionaba bajo reglas infringibles. A cada león le tocaba un cristiano.

El placer de ver realizada una cosa tal como debe realizarse es sin duda uno de los factores que congregan a las masas en el estadio de los deportes, y esto es justificado, pero ocurre, precisamente, que las cosas no se verifican dentro de aquel ambiente, tal como debieran verificarse, y ahí está el mal. El deportista debe ser sobrio, leal, caballeroso y su juego debe ser siempre limpio. ¿Es acaso ésta la norma general?

Por lo que hace al juego de azar, adehala de nuestro deporte, entendemos que en ningún otro estadio del mundo es de buen recibo. Jugadores de índole azarosa pululan por el mundo entero, pero el lugar de su actividad no es el estadio deportivo. Para la satisfacción y aun el desenfreno, de tal inclinación, existen los casinos de ruleta, los hipódromos, los clubes privados, los garitos, y aun los salones de ciertas familias más o menos distinguidas. El estadio es precisamente la excepción.

Reconocemos que la pasión del deporte, como toda pasión, es avasalladora. En un pueblo tan correcto como el inglés se ha visto a los grupos de chicos que salen de la escuela utilizar sucias vejigas de cerdo para entrenarse en el fútbol. ¿Y no hemos visto en nuestra propia capital, en la que un día se llamó la Atenas Sudamericana, no hemos visto a los mismos universitarios asombrar a los transeúntes cuando en plena calle se entrenan en el juego predilecto lanzándose a la cara con los pies las cáscaras de fruta que recogen en los basureros?

El presidente Elliot, de Harvard, prohibió un día el juego del fútbol en aquella prestigiosísima institución, por encontrarlo —son sus palabras— desmoralizador tanto para los jugadores como para los espectadores. Los gastos extravagantes, la pasión irrefrenable de los concurrentes al espectáculo, el peligro a que estaban abocados los estudiantes que todo lo abandonaban por atender a esta obsesión, llevó al eminente rector a tomar tan drástica medida. No hemos pretendido llegar a tanto nosotros, pero sí nos sentimos obligados a dar en tiempo una voz de alerta para que padres y educadores frenen oportunamente, no el deporte, sobra repetirlo, pero sí su abuso y sus múltiples derivados.

Si necesita libros, nuevos o viejos de las Repúblicas Americanas, escríbanos solicitando catálogos y lista especiales.

FOREIGN & INTERNATIONAL
BOOK CO., INC.
America South-of-U. S.
110 East 42nd St.,
New York 17, N. Y.
U. S. A.

JOHN M. KEITH, S. A.
SAN JOSE, COSTA RICA
Agentes y Representantes de Casas Extranjeras
Cajas Registradoras NATIONAL (The National Cash Register Co.)
Máquinas de Escribir ROYAL (Royal Typewriter Co., Inc.)
Muebles de acero y equipos de oficina (Globe Wernicke Co.)
Implementos de Goma (United States Rubber Export Co.)
Máquinas de Calcular MONROE
Refrigeradoras Eléctricas NORGE
Refrigeradoras de Canfín SERVEL
Balanzas "TOLEDO" (Toledo Scale Co.)
Frasquería en general (Owens Illinois Glass Co.)
Conservas DEL MONTE (California Packing Corp.)
Equipos KARDEX (Remington Rand Inc.)
Pinturas y Barnices (The Sherwin-Williams Co.)
Duplicador GESTETNER (Gestetner Ltd. Londres)

REPERTORIO AMERICANO

Teléfono 3754
Correos: Letra X
J. García Monge
En Costa Rica:
EDITOR
Sus. mensual ₡ 2.00

CUADERNOS DE CULTURA IBEROAMERICANA

..."y concebí una federación de ideas," — E. Ma de Hostos.

El suelo nativo es la única propiedad plena del hombre, tesoro común que a todos iguala y enriquece, por lo que para dicha de la persona y calma pública no se ha de ceder ni fiar a otro, ni hipotecar jamás. — José Martí.

"Bárbaros, las ideas no se matan", repitió Sarmiento
Desgraciado el pueblo cuando el hombre armado delibera.—Bolívar

EXTERIOR:
Suscrición anual:
$ 5 dólares
Giro bancario sobre Nueva York

El romanticismo en América

Por *Enrique ANDERSON IMBERT*

(Es un recorte de *La Nación* de Bs. Aires. Junio 8 de 1947.—*Envío del autor*)

En una historia literaria hispanoamericana, el uso de los *ismos* es especialmente peligroso. También en Europa la nomenclatura convencional de los períodos suele falsear el proceso histórico; pero por lo menos allá, y y sobre todo en Francia, la producción es tan copiosa y las reacciones de grupo a grupo son tan notorias, que "clasicismo", "romanticismo", "realismo", "simbolismo", etc., son esquemas lo bastante objetivos para que podamos usarlos con provecho. Pero al proyectarse sobre la América española esos esquemas europeos ya no coinciden con los objetos literarios americanos y se quedan un poco en el aire, abstractos.

Con el concepto "romanticismo" nos hemos habituado a representarnos un amplio período europeo que se abre a fines del siglo XVIII; pero las características que se obtienen al analizar la literatura llamada romántica son complicadísimas, muy vagas y a veces contradictorias. En realidad, esas características nunca han dejado de mostrarse, separadamente, en la literatura de todos los tiempos: lo que ha permitido acuñar el término "romántico" es que, por complicadas, vagas y contradictorias que sean, uno las ve actuar a la vez, en un solo movimiento de exaltación sentimental. En cada país el romanticismo surgió con un tono peculiar; y en España lo peculiar fué — como lo ha demostrado Edgar Allison Peers en *The romantic movement in Spain*— que nunca "triunfó" contra una literatura anterior. Lo que se impuso fué más bien una conciliación entre ideales románticos e ideales clásicos. Durante el siglo XVIII España había procurado incorporarse a la cultura europea a través de las formas espirituales de la Francia de Boileau; y durante el siglo XIX esa dirección clásica, crítica, racionalista, didáctica, lejos de quebrarse, acogió la propia tradición nacional que desde el Cid hasta Calderón había sido fuente de hondas emociones para los románticos de toda Europa y se hizo también romántica, pero sin estridencias. Las estridencias fueron accidentales, y sólo se oyeron por los años 1835, 1837. El romanticismo español en general, fué ecléctico. Y "eclecticismo" es la palabra que, en el período considerado como romántico, suelen usar los escritores hispanoamericanos cuando tratan de definirse.

Dudo que sea posible señalar en la literatura europea un movimiento pendular entre tendencias "clásicas" y "románticas". Aunque así fuera, en la española ese péndulo parece descomponerse; y en América se descompone del todo, pues el movimiento puramente estético se complica con otro sociológico, movimiento de arriba abajo y de abajo arriba, entre los esfuerzos cultos y la inercia plebeya. El tema más importante de la historia literaria hispanoamericana me parece que es la dramática movilidad con que, a lo largo de toda

nuestra historia, el acento ha ido corriéndose del plebeyismo al aristocratismo, y viceversa. Lo peculiar de la nueva sociedad que se creó en América con el contacto de españoles e indios, no es tanto el mestizaje como las tensiones y distensiones de una cultura aristocrática en principios pero niveladora y anárquica en sus fuerzas profundas. Y porque a cada paso todo parece desmoronarse y regresar al caos, el pensamiento, en América, tuvo que ser un pensamiento aplicado a la realidad social.

Aun los poetas fueron hombres de acción, constructores o polemistas. Estaban consagrados, quieras que no, a una tarea pedagógica: enseñar, enseñar siempre. Los clasicistas criollos, aun proponiéndoselo, no hubieran podido remontarse, no digamos a las normas greco latinas, pero ni siquiera a las del Renacimiento o a las de la Francia de Luis XIV: habrían tenido que desgarrarse de la carne de América, dejar de ser americanos y caer en el vacío, como miembros mutilados. Tampoco los románticos criollos hubieran podido confundirse con "las voces de los pueblos", abandonarse al "color local" y a la espontánea libertad de expresión que proclamaban: los hubiera arrastrado la anarquía, se hubieran hundido en la chabacana vulgaridad de las masas, hubieran perdido la unidad de la lengua, el tono artístico y hasta las ganas de escribir. Aun en el *Martín-Fierro*, especialmente en la segunda parte, es evidente la actitud moralizante, reformadora y constructiva: José Hernández era mucho más antigaucho de lo que él mismo creía, y su poema mucho más europeo de lo que sus críticos han creído. ¿No es sugestivo que en la literatura hispanoamericana cada generación, en vez de reaccionar contra la anterior, se ponga a recoger lo valioso del pasado? Ni los románticos rompieron con los neoclásicos, ni los modernistas con los románticos...

Es como si todos se estuvieran diciendo: ¿a qué dividirse en querellas estéticas, cuando somos tan pobres, necesitamos apoyarnos unos en otros y todo nos sirve porque nos queda mucho por hacer? Se sentían robinsones en el desierto y había que fundar una cultura con los elementos a mano. Nuestros escritores han pensado más en la solidaridad de ese esfuerzo que en diferencias artísticas. Las escaramuzas que surgieron en realidad fueron políticas, aunque con un pretexto literario. No hubo una generación romántica hispanoamericana que rompiera con las normas estéticas anteriores, desplazara a los escritores racionalistas e impusiera una nueva literatura. Sólo en Chile estalló en 1842 una polémica violenta entre partidarios del clasicismo y partidarios del romanticismo: violenta a causa de los argentinos, que habían recibido el impacto directo del historicismo liberal francés y estaban preocupados por algo que no era literatura. Pero precisamente el encuentro en Chile del clasicista venezolano Andrés Bello y del romántico argentino Domingo Sarmiento es un buen ejemplo de cómo entre nosotros las banderías literarias fueron menos importantes que la común voluntad de servir a América, poniéndose en el punto de mayor tensión intelectual. Bello, aunque clasicista, cedió a los reclamos de una expresión americana libre y original; Sarmiento, aunque romántico, mostró apego a las normas. La realidad americana, siempre revuelta y sacudida por fuerzas de integración social y fuerzas desintegradoras, no siguió paso a paso la sucesión de tendencias de Francia; ni siquiera las de España. Los *ismos*, opuestos en Europa como en guerrillas civiles, con sus caciques, sus manifiestos y banderas, sus bandas de música, propaganda, revistas y tertulias, venían aquí a romper filas, a mezclarse y reordenarse en nuevos batallones que lucharían, todos juntos, contra la "barbarie", como llamaba Sarmiento a las masas.

No quiero decir que el eclecticismo peculiar de América sea en todos los casos el resultado de un ideal lúcido y deliberado de aunarse en pro de la civilización. El afán de síntesis es un rasgo natural, a veces oscuro e inconsciente de nuestra cultura. Lejos de Europa, de las bibliotecas, del periodismo, de la conversación creadora, nuestros escritores ¡siempre solitarios! suelen sentirse inseguros de sí mismos, y por eso sobrestiman el valor de lo europeo. Avidamente lo adoptan todo, en un ímpetu de conocimiento universal, sintetizador. No pueden darse el lujo de renunciar. Todo les sirve.

Por eso quien aplique sobre la literatura americana el reticulado teórico de la historia literaria europea deformará nuestra realidad: a través de esos retículos no verá nada o lo verá todo más confuso que antes. Los ideales estéticos andan en América con el paso cambiado, a destiempo y marchando en líneas de formación nuevas.

Ann Arbor (Michigan), mayo de 1947.